

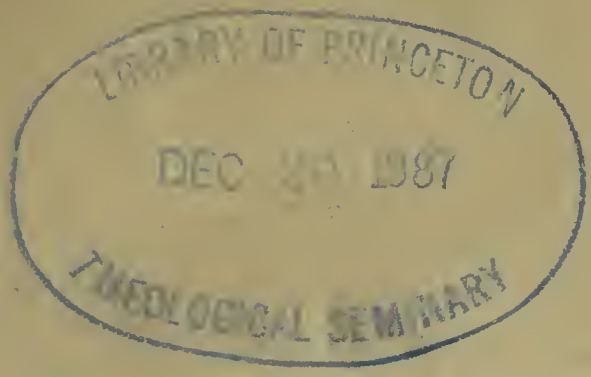


Digitized by the Internet Archive
in 2018 with funding from
Princeton Theological Seminary Library

<https://archive.org/details/estudios5501unse>

L 711

**ENERO
1937**



ESTUDIOS

50

ESTUDIOS

REVISTA MENSUAL

Secretario de Redacción: JALME EYZAGUIRRE
CASILLA 13370 — SANTIAGO DE CHILE

V. E. Z.
AÑO VI

15 de ENERO de 1937

Núm. 50

Se reciben suscripciones en las Librerías:

Zamorano y Caperán

Compañía 1015

LIBRERIA CLARET

Avda. 10 de Julio 1140

(ENTRE SAN DIEGO Y GALVEZ)

Cultura Católica

Delicias 1626

Valor de SUSCRIPCIÓN Anual: en el país \$ 22. —

en el extranjero 1 dólar

Número atrasado \$ 2.50

En venta en las principales

Librerías de Santiago y Provincias

“NOTAS EDITORIALES”:

“Un año que se va”	2
“La conferencia sobre eutanasia del Dr. Gonzalo Bosch”	3
“Un monumento que sobra y otro que falta”	4
“UNAMUNO”, por Osvaldo Lira	7
“LA CONFERENCIA DE BUENOS AIRES”, por Alberto Cruchaga	21
“LA MORALIDAD Y LA VIDA CRISTIANA”, por Carlos Hamilton	25
“PSICO-PEDAGOGIA DE LA AFECTIVIDAD EN LA ADOLESCENCIA”, por Alberto Hurtado	33
“EL PENSAMIENTO EN EL MUNDO”:	
“La Iglesia y el proletariado”	51
“HECHOS DEL EXTRANJERO”:	
“El Japón moderno”	53
“DE LA ACTUALIDAD MENSUAL”:	
“Saludo a Marquina”	58
“El episcopado nacional y el salario obrero” ..	62
“NOTAS BIBLIOGRAFICAS”:	
Revistas: “Universidad”, P. 66; “América”, P. 66; “Blackfrias”, P. 68; “La Civiltá Cattolica”, P. 69; “La documentation Catholique”, P. 71.	
Libros: “Newman, el gran convertido” por Pedro Lira Urquieta; P. 72.	

NOTAS EDITORIALES

Un año que se va.

DEJANDO en pos de sí un cortejo de calamidades se despide el año 1936.

Antagonismos y recelos sin segundos lo han caracterizado en el orden internacional. Las naciones reafirman su propósito de encerrarse herméticamente en un nacionalismo amenazador que no perdona la palabra empeñada en las tratadas ni el respeto debido a la integridad e independencia de los pueblos soberanos. El anhelo expansionista del Japón y de Italia, por no citar sino los casos más notorios, les lleva a extender sus fronteras allende el mar y anexarse ricos y dilatados territorios. El aislamiento en que parece quedar Francia, después de las hábiles maniobras diplomáticas de Alemania, la arrojan en brazos de una alianza suicida con la Unión Soviética, que a su vez encuentra en este acuerdo un vigoroso soporte para su plan de revolución universal. Sólo los pueblos americanos parecen más dispuestos a entrar por las vías de la paz y a hacer de la interdependencia de las naciones, no una vana frase, sino una realidad viviente.

En el orden político no deja tampoco el año que se va un panorama claro y tranquilizador. Si bien puede decirse que las ideas democrático-liberales han experimentado últimamente el quebranto más rudo y acaso más definitivo, no se divisa todavía con precisión la estructura definitiva que va a adoptar el nuevo régimen. Está el aspecto político de tal manera ligado al orden social, que sin duda será este último quien en definitiva irá a determinar la forma de aquél. Entre tanto la hostilidad de las clases sigue en aumento y adopta en España el carácter de una lucha social encarnizada, cuyas proyecciones son tan evidentes que rebosan ya por sobre los límites de su territorio ¿Cuál será su resultado? ¿No podrá acaso la humanidad buscar fuera del binomio comunismo-fascismo una ecuación tranquilizadora, que elimine los odios de clase y lleve a los pueblos a una era de efectiva paz y colaboración? Sin duda que mirándolo todo desde un punto de vista meramente temporal y contingente, no es fácil señalar la solución salvadora. Pero, en cambio, remontándonos un poco más hemos de hallar en el cristianismo, aún casi virgen para muchas inteligencias y corazones sedientos de paz, la única fórmula adecuada. Sólo en el dogma consolador de la común paternidad divina fundada en los méritos de Cristo, podrá el hombre moderno encontrar el verdadero espíritu de fraternidad que hoy

pretende en vano imponer por los torcidos caminos de la violencia. Cuando la humanidad lo viva, cuando cese de despreciarlo o de deformarlo entonces podrá escucharse sin que parezca un reproche el saludo de los ángeles a los humildes pastores: "Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad".

La Conferencia sobre Eutanasia del Dr. Gonzalo Bosch.

UNO de los representantes de Argentina a las Jornadas Neuro-Psiquiátricas del Pacífico, dió ante el micrófono de uno de los diarios de Santiago, la noche del 9 de Enero, una conferencia sobre "La Doctrina-Eutanásica". El conferenciante, según reza la crónica del periódico que le brindaba hospitalidad en su radioestación, terminó definiendo su manera de pensar en la siguiente doctrina: "Frente a cuadros espantables no solamente donde impere el dolor supremo, sino también cuando el organismo física e irremediabilmente se deshace y tras sufrimientos cuya prolongación significa un vía-crucis (sic) sin igual para el enfermo y un tormento para todos los que lo rodean, que corren riesgo de adquirir desórdenes nerviosos o psiquiátricos por la duración del motivo que puede generarlos, **LOS MEDICOS DEBEN ESTAR AUTORIZADOS POR LAS LEYES HUMANAS PARA HACER EL BUEN MORIR.** No se trata de aplicar la muerte por piedad (¡eso ya se ve!) sino por reflexión, por juicio analítico, revestidos los médicos con la dignidad que ampara su misión social, beneficiando así al enfermo **QUE LE CONFIA SU SALUD,** cuyo estado anormal no puede modificarse, y a la familia **QUE LE HONRARA CON SU CONFIANZA**".

¿Qué tal? Una autoridad médica que declara que por la confianza que una familia deposita en él al llamarlo para atender a un paciente, y sobre todo en bien del enfermo que **LE CONFIA SU SALUD,** debe tener derecho a **MATARLO** si no lo puede sanar. Y esto no por piedad, porque el instinto de piedad verdadera es, en la familia, en el enfermo, en el médico, el de conservar en cuanto sea posible la vida del enfermo; y no: matarlo para que la familia no se ponga nerviosa con una enfermedad que se alarga tanto y una herencia que demora en llegar, sino por reflexión. Y esto sí que es inaceptable. Que por falsa piedad, el vulgo, sin reflexionar optara por adelantar la muerte a un enfermo incurable, es un hecho que en algunos pueblos bárbaros sería explicable, aunque no lo autorice ninguna ley humana, ni mucho menos la ley natural, que está por encima de las leyes humanas. Pero en una "personalidad científica que ha pasado ya las fron-

teras de su país" para venir a enseñar tamaña barbaridad a los médicos y no médicos de Chile, y con reflexión, y con juicio analítico, es inaceptable.

Esta sería la reflexión necesaria para llegar a tal conclusión: El médico está obligado a poner todos los medios que física y moralmente están a su alcance para tratar de sanar al enfermo; ahora bien cuando el enfermo es incurable, el médico tiene derecho sobre la vida del mismo; luego puede matar al enfermo incurable. Pero este juicio, por muy analítico que sea, es falso. Por la sencilla razón de que la segunda premisa concede al médico un derecho sobre la vida de los enfermos, que los enfermos no le dan, ni quieren darle, ni pueden darle; error que podría traer consecuencias que ya se pueden imaginar. Un derecho que sobrepasa a todos los que no son creadores absolutos del ser humano, es decir a todos los que no son Dios. Si los psiquiatras tuvieran derecho a prevenir una neurosis matando al cliente o al que es causa del desequilibrio, tendríamos un matadero en lugar de manicomio, un manicomio especial para tales psiquiatras.

Y para afirmar su conclusión pseudo-científica se apoya en la obra "Libertad de Amar y Derecho a Morir", de Luis Giménez de Azúa, apología inmoralísima del amor libre, del suicidio, del homicidio eutanásico, que refuta, con otros de mayor peso y menos desvergüenza, el admirable trabajo del Dr. García Pintos, de Montevideo. ("Respeto a la Vida", 1935), con razones sólidas y con juicios verdaderamente reflexivos y científicos. Otra "razón" son los aplausos de algunos periódicos al salvajismo cometido en Rusia en 1922 en que fueron fusilados 117 niños que se habían envenenado con carne infecta. Linduras del materialismo ruso; se permite la venta de carne podrida y se fusila después a los inocentes consumidores. Y finalmente, el Código Penal del Perú, que dice: "El que por un móvil egoísta instigue a otro al suicidio o lo ayudare a cometerlo será reprendido", artículo que no acepta, ni mucho menos, la eutanasia. Y guárdese el Dr. Bosch de repetir en el Perú su conferencia, con que instiga al suicidio por un móvil eminentemente egoísta, como es el desec insensato de una familia o de un paciente de llegar hasta el crimen para evitarse unos momentos de sufrimientos que pueden ser capaces de rescatar una vida para la vida eterna.

Un monumento que sobra y otro que falta.

UN estampido a medianoche señaló el límite entre dos años. 1936 termina en medio de una efervescencia de monumentos y de plazas nunca vista en la historia de la monótona vida santiaguina.

En la nueva Avenida O'Higgins, entre las calles Dieciocho y Castro, se alza un pedestal de reciente construcción, que

provoca animados comentarios en el público. El pedestal no presenta inscripción alguna, ni sostiene tampoco ninguna estatua. La gran mayoría de la población ignora qué personaje va a mostrar su figura a la posteridad desde esas piedras. Sólo unos pocos han logrado averiguar que el inconcluso monumento está destinado a perpetuar la memoria del ministro Canning. Pero lo más interesante del caso es que, de esta ínfima minoría, casi nadie sabe por qué razones se va a rendir tal homenaje a Canning y menos son aun los que conocen la verdadera significación del célebre ministro inglés.

Ya es tiempo de sacudir la herencia de odios y falsedades que legó a nuestra historia oficial el tenebroso Barros Arana. Quien haya leído y meditado alguna vez la "Breve historia de América" de Carlos Pereyra y "Bolivarismo y Monroismo" de José Vasconcelos, habrá sentido dolorosamente el proceso desnacionalizador y antitradicional que se ha infiltrado en la concepción de nuestro pasado. Así, desde hace más de ochenta años, generación tras generación, se viene repitiendo el mismo estribillo oficial, hasta el punto de hacerlo adquirir una solidez y realidad superior a la verdad.

Oficialmente, España fué una nación ambiciosa y explotadora; las riquezas que robó al Nuevo Mundo la corrompieron en tal forma, que los nietos de la Metrópoli, espantados de su vicio y su maldad, resolvieron emanciparse. Cuando el oscurantismo clerical, mediante la Santa Alianza, quiso ayudar a España, se levantó el estandarte de la libertad y la justicia, enorbolado por Canning, quien se apresuró a reconocer a las nueva Repúblicas.

Tal es la narración oficial.

Se impone, pues, inmortalizar a Canning. Si fuera posible, se levantaría un monumento gigantesco a Inglaterra, que ocuparía todo el espacio vacío de la Plaza de la Constitución. ¿Por qué no? Inglaterra favoreció secretamente a las Colonias en su lucha contra España; Inglaterra trató hasta de invadir el Virreinato de la Plata; Inglaterra concedía empréstitos a los gobiernos en formación.

Todo esto saben nuestros estudiantes y vibran sus almas juveniles y generosas con impulsos de admiración hacia el viejo Imperio Británico, que con tal desinterés nos ayudó a separarnos de la Madre Patria. Pero lo que ignoran es que Inglaterra obraba sólo por propias conveniencias de índole comercial; ignoran que, desde Isabel Tudor y la Armada Invencible, se había venido desarrollando una lucha a muerte entre el espíritu anglo-sajón protestante y el alma latina romana y católica. Ignoran nuestras juventudes que la influencia inglesa, a través de Canning, permitió la participación de Estados Unidos en el Congreso Americano de Panamá, convocado por ese soñador estadista que fué Simón Bolívar;

participación que tuvo por resultado el fracaso de la utopía, realizable entonces, de un gran estado hispano-americano. Ignoran nuestras juventudes de la América española que, gracias a la actitud inglesa, fué posible y celebrada por las nuevas naciones la fatídica doctrina Monroe y que en esta base se afirmó Adams para destrozar los resultados del Congreso de Tacubaya y para borrar el recuerdo del gran hispano-americano Lucas Alamán.

¿Lucas Alamán? ¿Congreso de Tacubaya? Sería interesante una encuesta americana que nos revelara cuántos hombres en este continente han oído nombrarlos.

El análisis histórico nos llevaría demasiado lejos; bástenos anotar que el pedestal desierto de la Avenida O'Higgins nos está indicando que urge rehacer nuestra historia.

Y esto no es todo.

El año recién transcurrido marcó el cuarto centenario del descubrimiento de Chile. Cuatro siglos han pasado desde que un hombre audaz y heroico pisó el suelo de nuestra tierra en nombre de la cultura occidental. Sin embargo, nadie ha recordado este gran acontecimiento. Se han celebrado fiestas por los aniversarios de la fundación de pueblos y ciudades; pero no ha habido una palabra para recordar el nombre de Diego de Almagro. Sólo la Academia Chilena de la Historia ha anunciado un número próximo de su Boletín dedicado a él; las esferas educacionales y gubernativas han permanecido indiferentes.

Hay dinero e interés para construir desiertos de cemento y para levantar una estatua a Canning; pero no se ha podido inmortalizar el recuerdo de nuestro simbólico descubridor, de padres desconocidos, que fué encontrado a las puertas de una Iglesia.

El mejor tónico cerebral

F i t o s a n

del Instituto Sanitas.

A base de fósforo, calcio y magnesio.

Oswaldo Lira

UNAMUNO

Siéntome con un alma medieval y se me antoja que es medieval el alma de mi patria; que ha atravesado ésta, a la fuerza, por el Renacimiento, la Reforma y la Revolución, aprendiendo, sí, de ellas, pero sin dejarse tocar el alma, conservando la herencia espiritual de aquellos tiempos que llaman caliginosos.

Unamuno

El pensamiento humano como toda realidad actual o posible se encuentra — quiéranlo o no los hombres — sometido de modo indefectible, necesario, a la ley de la unidad. Todos los escolásticos en pos de Aristóteles han proclamado en unánime y sostenido acuerdo que la unidad es una de las propiedades trascendentales del ente metafísico u ontológico. *Omne ens est unum*, afirman; es *uno*, no en el sentido de no encontrar semejantes o iguales, sino en cuanto sus partes, sus elementos integrantes se mantienen coherentes, vinculados entre sí y no se contentan con esta ruda afirmación; antes bien, convencidos de que al fijar los contornos de la noción de unidad acometen una empresa de inmensas consecuencias, van precisándolos con un vigor, con un esmero, con un tesón que nunca se relaja: es que se trata de elaborar y pulir uno de los sillares angulares del edificio metafísico. Tras de decir, pues, que todo ser es uno, aclaran el problema manifestando que la unidad trascendental no es una verdadera propiedad del ser, la propiedad, en efecto, se diferencia de aquello cuya propiedad es, y nada puede diferenciarse del ser. La unidad es tan sólo el mismo ser en cuanto carece en sí de división: *unum non significat negationem puram sed ipsum ens indivisum* (1) dice Santo Tomás, y en estas palabras sencillas y sustanciales se halla quintaesenciada la ley de unidad.

Pero el pensamiento humano no es una realidad cualquiera. Es una realidad dotada del poder misterioso y extraño de apropiarse de un objeto externo y de convertirse en él, sin perder por esta causa ni siquiera ver alterada su propia metafísica entidad; tal fenómeno se verifica necesariamente como condicionante previo cada vez que, proyectando sobre un objetivo cualquiera sus luces espirituales, lo conoce. Claro está, por una parte, que aún en su propia actividad intencional debe la inteligencia mantener incólume su unidad y que, por

(1) S. Thomas: In. X Metaphys. lecc. 4.^a.

otra, no encontraría en esta empresa la menor dificultad si fuera una facultad intuitiva a modo del intelecto angélico. Pero no conociendo el todo de nada, debe recurrir al discurso, al raciocinio y aquí ha de introducirse fatalmente la división en formas variadísimas pero reductibles todas ellas a una común: falta de hilación, de concordancia — entre principios y conclusiones de ellos provenientes; entre proposiciones co-aceptadas sin que sea posible referirlas a una anterior y común que las abraze; entre doctrinas y acción práctica; entre diversos puntos de vista adoptados para juzgar y apreciar a hombres, circunstancias o cosas, etc., etc. No pudiendo aniquilar la raíz de esa división que es su propia contingencia, el pensamiento debe reducir a un *mínimum* su influjo y, para ello, someterse fiel, humilde, decidido, sincero a las normas internas del discurso, por cuya obra y gracia podrá presentarse coherente, lógico, **uno** en suma, y realizar entonces plenamente — no tan sólo en su calidad de *cosa* metafísica sino en su peculiar realidad de **pensamiento** — la ley de la unidad.

Consecuencia: si la ley de unidad afecta a toda inteligencia, imprime su sello con mayor intensidad en las más poderosas y perfectas. Los teólogos admiten y propugnan esta consecuencia al asignar ideas más comprensivas y menos numerosas a los espíritus angélicos a medida que uno se remonta por la escala de sus jerarquías, y proclamar que el Hijo unigénito de Dios es también y por lo mismo la Idea única de Dios. Aplicando esta argumentación, dentro de los límites modestos de la naturaleza humana, que a mayor poder intelectual corresponde mayor coherencia y unidad, los grandes pensadores serán quienes más perfecta y totalmente se vean sometidos a la ley de la unidad: se es gran pensador en la medida que se es pensador coherente, se deja de serlo en tanto que **involuntariamente** se aparta uno de la cohesión doctrinal (2).

Pudiera parecer que así, sin determinaciones que la dulcifiquen y restrijan en el ámbito de sus aplicaciones, la ley de la unidad es exagerada o a lo menos digna de verse atemperada mediante numerosas excepciones. ¿No forman legión, acaso las contradicciones en que han incurrido y siguen incurriendo aún espíritus selectos de todas condiciones épocas y países? En vista a esta objeción se dió a la ley enunciación formal: **en cuanto alguien no se aleja**, etc. Ella no es en buenas cuentas sino la expresión de aquel **Hagamos al hombre a imagen y semejanza nuestra** que el mundo oyó de labios de

(2) El adverbio **involuntariamente** viene aquí al caso en virtud de la tesis escolástica que dice que contra una virtud intelectual se peca más cuando **sin saber** se va en contra de ella que a **sabiendas**, mientras sucede todo lo contrario al tratarse de las virtudes morales.

Dios en el amanecer de la creación. La creatura racional participa en forma privativa de las perfecciones divinas. La unidad absoluta e inefable de Dios se ve participada por el hombre en su propia unidad entitativa. La unidad intelectual—llamémosla así — de Dios, que está constituida por la unicidad de su Idea que es su Hijo deberá ser también participada por la criatura humana: de allí que la unidad de principios normativos sea en nuestra inteligencia racionante el reflejo de la unidad intelectual de Dios. **Se es gran pensador en la medida que se es capaz de mantener la síntesis intelectual, de reducir todos los elementos cognoscitivos que se poseen en un todo coherente y armónico.** Podrá suceder que esta capacidad de síntesis no se manifieste a primera vista, a ese primer examen apresurado e impaciente que dan los ojos aficionados a resbalar por la superficie de las cosas, que una obra genial aparezca así incoherente, llena de contradicciones y desconciertos: es que, dejando de lado las inevitables deficiencias provenientes de la contingencia misma de la creatura, el espíritu de síntesis, la inteligencia ordenadora, sólo se descubre a las miradas austeras que saben escudriñar con paciencia lo íntimo y secreto de la realidad. A veces vendrán también las disposiciones mismas materiales del pensador, la forma a que recurra para expresarse, el poco o ningún cuidado de ser comprendido por los demás, a acrecentar el aparente desconcierto con que se manifiesta en su obra. Todo ello contribuirá a que se le califique de excéntrico y enrevesado a pesar de existir robusta la armazón lógica del edificio.

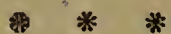
Es el caso de Unamuno. Ese vasco maravilloso que inesperadamente acaba de desaparecer del mundo de los vivos ha sido a lo largo de su agitada existencia una piedra de escándalo para sus contemporáneos, un verdadero signo de contradicción. Las paradojas de Unamuno han pasado ya a la categoría de proverbios. Atacado sin piedad por muchísimos, que han atribuido sus actitudes desconcertantes, sus violentos y súbitos cambios de posición a orgullo, rencor, despecho, desorientación mental, etc.; ensalzado y venerado por otros muchos que lo consideran el príncipe de las letras españolas de hoy en día y uno de los más grandes escritores de todas las épocas — Pérez de Ayala, por ejemplo, — como la figura de más trascendencia internacional de la España actual, odiado y admirado, Unamuno ha ocupado una posición única en la intelectualidad española y figura ciertamente como una de las cumbres del pensamiento europeo contemporáneo. Sus obras — ensayos, novelas, crítica, poesías — han recorrido la Europa y la América en alas de numerosas lenguas, y provocado en su patria reacciones violentas cuyas consecuencias no estamos sin duda en situación de avalorar. Sean cuales fueren las posiciones adoptadas en frente de él por sus lectores —

ellos solos tienen derecho a hablar — o las repercusiones que en sus mentes hubieren provocado, es imposible desconocer su formidable vigor intelectual ni rendirse ante su avasalladora personalidad. A los que protesten de esta afirmación — y más de uno ha de ser — les daremos por caridad, no por temor, el acertado y prudente consejo de Chesterton: “Seamos justos para con esas figuras gigantescas que son las cariátides de la historia, y por muy fuerte, seguro y justo que sea nuestro antagonismo no nos rebajemos a suponer que la faz del mundo puede verse alterada por influencias triviales”. Practicando paso a paso este consejo del escritor inglés, intentaremos en el curso de este breve estudio desentrañar la norma orientadora de la obra enorme de este magnífico español desaparecido.



A lo largo de toda la obra de Unamuno se advierte y se siente que un violento conflicto se ha apoderado de una vez para siempre del alma del pensador, conflicto que se refleja en mil formas diversas de amenazadora latencia o de poderoso estallido en cálidos raudales de insuperable lirismo: el conflicto entre lo racional y lo afectivo, entre la especulación y el impulso, entre el intelectual y el místico. En ese conflicto radica todo el **sentimiento trágico** de Unamuno, toda la agonía — agonía-lucha — de su cristianismo, de su arte, de su filosofía, de su vida entera. Ese conflicto lo ha trasladado a sus obras; no podía no trasladarlo. Pero, entendámonos. No lo ha llevado así, tal cual, en estado de conflicto puro; en tal caso habría permanecido estéril. Antes de convertirlo — inconscientemente por supuesto — en generador de energías, le dió en las profundidades de su pensamiento, extraña solución. La solución de ser... insoluble. Y ese conflicto resuelto y no resuelto, resueltamente insoluble, antinómico a más no poder, tenía por fuerza que producir una larga serie de antinomias, más aún, tenía que producir una obra que toda entera debía ser una enorme y prolongada antinomia. Irreconciliables lo racional y lo afectivo, imposibles, por tanto, de concertar y armonizar, no quedaba más salida que la de dominar uno de ellos al otro y de dominarlo hasta reducirlo a la más perfecta sumisión; su temperamento de místico primó sobre su contextura de pensador y sometió sin reservas la inteligencia al amor, la verdad a la vida.

Entremos a analizar esta decisión más que adoptada, instintivamente abrazada y verificarla en los dominios capitales de la filosofía, el arte y la religión.



La principal de sus obras: "El sentimiento trágico de la vida", se abre casi por esta rotunda afirmación: "La filosofía se acuesta más a la poesía que no a las ciencias. Cuantos sistemas filosóficos se han fraguado como suprema concinación de los resultados finales de las ciencias particulares, en un período cualquiera, han tenido mucho menos consistencia y menos vida que aquellos otros que representaban el anhelo integral del espíritu de su autor" (3). Ciertamente que no niega aún todo valor a la especulación filosófica considerada en su pura razón formal; pero despuntan ya en el citado texto los pimpollos de muchas afirmaciones ulteriormente llevadas a completa actualización y que darán al traste con la noción misma de filosofía que ahora aparenta respetar. No en su esencia pero sí en sus condiciones subjetivas de vitalidad, la filosofía aparece como pendiente del sentimiento, con lo cual la relación de dependencia que une la filosofía a la verdad como un medio a su propia finalidad se ve por una parte preterida, y por otra sustituida con vínculos muy en consonancia con la equiparación que establece Unamuno entre la filosofía y la poesía, equiparación que se hace más estrecha en un pensamiento que estampa en otra de sus obras: "Lo más metafísico es acaso lo más poético" (4).

Esta afirmación fundamental se irá desarrollando y precisando en multitud de textos que actúan respecto de ella a modo de glosas, paráfrasis o comentarios a veces decididos, a veces tímidos y vacilantes como si su instinto no lo condujera con la seguridad deseada. Pocos renglones más adelante parece desautorizar la hilación establecida entre filosofía y sentimiento diciendo que "la filosofía responde a la necesidad de formarnos una concepción unitaria y total — totalitaria dirán ahora — del mundo y de la vida" (5), en lo cual nada hay que disuene de lo que han siempre enseñado los más intelectualistas de los filósofos, Santo Tomás y Aristóteles entre ellos. Es aforismo muy traído entre los escolásticos que, contemplando las ciencias particulares ciertos y determinados aspectos de la realidad, es de todo punto necesario que exista una disciplina intelectual cuyo objeto sea la realidad integral y que sea por tanto como ordenadora y unificadora de todas las demás, una ciencia que dé unidad a nuestros conocimientos. Este oficio lo asignan ellos — como Aristóteles — a la Sabiduría o Filosofía primera — Sapiientis est ordinare, propio es del sabio ordenar. — La sabiduría ha, pues, de tener por oficio el impedir que los materiales acumulados por las ciencias particulares queden reducidos a un amasijo sin forma,

(3) Loc. cit., pág. 8.

(4) Soliloquios y conversaciones, pág. 25.

(5) Sentimiento trágico, págs. 8-9.

sin organización y Unamuno está concorde con la más pura corriente escolástica al asignarle también tal finalidad. Pero... in cauda venenum. Volviendo sobre sus pasos agrega: "Resulta que ese sentimiento, en vez de ser consecuencia de aquella concepción **es causa de ella**; nuestra filosofía, esto es, nuestro modo de comprender o de no comprender el mundo y la vida, brota de nuestro sentimiento respecto a la vida misma, y ésta, como todo lo afectivo, tiene raíces subconscientes, inconscientes tal vez (6). He aquí negado de golpe el valor objetivo de la Filosofía, su valor de verdad. Hundidas sus raíces en lo subconsciente, en lo inconsciente tal vez, ¿qué garantías de certidumbre podría dar a la inteligencia humana?

De allí que, emancipada la filosofía de la verdad, no le quede más recurso que someterla al hombre: "Todo conocimiento tiene una finalidad. Lo de saber para saber no es, dígame lo que se quiera, sino una tétrica petición de principio. Se aprende algo o para un fin práctico inmediato o para completar nuestros demás conocimientos. Hasta la doctrina que nos aparezca más teórica, es decir, de menor aplicación inmediata a las necesidades no intelectuales de la vida, responde a una necesidad, que también lo es, intelectual; a una razón de economía en el pensar, a un principio de unidad y continuidad de la conciencia. Pero así como un conocimiento científico tiene su finalidad en los demás conocimientos, la filosofía que uno haya de abrazar tiene otra finalidad extrínseca se refiere a nuestro destino todo, a nuestra actitud frente a la vida y al universo. Y el más trágico problema de la filosofía es el de conciliar las necesidades intelectuales con las necesidades afectivas y las volitivas. Como que aquí fracasa toda filosofía que pretenden deshacer la eterna y trágica contradicción, base de nuestra existencia" (7). El conocimiento especulativo queda resueltamente eliminado; es una **tétrica petición de principio**. Una vez más parece que fuera a enmendar rumbos y a reconocer ciertas finalidades, puramente intelectuales; al conocimiento científico, pero no, casi inmediatamente vuelva a apuntar insistentemente su subordinación a la vida práctica, a la actividad transeúnte, a la afectividad (8). Y ni aún subordinada a lo afectivo le reconoce valor a la filosofía pues al mismo tiempo que la asigna como razón de ser la conciliación de lo afectivo-volitivo con lo intelectual, declara de antemano que la no conciliación de esos extremos es la **base de nuestra existencia**. El triunfo de la fi-

(6) Ibid.

(7) Op. cit., págs. 20-21.

(8) "¡Saber por saber! ¡La verdad por la verdad! Eso es inhumano". Op. cit., pág. 35. Afirmación precipitada y errónea sobre expresiones que bajo un aspecto son rigurosamente exactas. La afectividad exacerbada le impide ver con claridad.

losofía sería, pues, para Unamuno, en estricta deducción lógica, el aniquilamiento de nuestra existencia.

La sola inferencia sería ya suficiente para atribuirle este pensamiento si no se encargara él mismo de formularlo explícitamente en otro pasaje de su obra capital: “Vivir es una cosa y conocer otra, y como veremos, acaso hay entre ellas una tal oposición que podamos decir que todo lo vital es antirracional, no ya sólo irracional, y todo lo racional, antivital. Y esta es la base del sentimiento trágico de la vida” (9). Es imposible afirmar nada más claro, nada más terminante y definitivo acerca de la irreconciliabilidad irreductible en que se encuentran la razón y la vida. Después de declaración tan categórica no le queda más salida que elegir por una de ellas en total desmedro de la otra. Como insinuábamos más arriba, elige lo afectivo, lo vital y en sus aras le sacrifica la inteligencia. La filosofía es poesía y la poesía es amor.



Del amor hace Unamuno la ley suprema, la fuente única del arte y de la poesía. “Las explosiones líricas sólo me brotan cuando tengo el alma condensada” (10). Por eso su arte no ha de consistir jamás en procurar la perfección de la materia-cosa sino de la materia-signo. Su impulsividad afectiva haría estallar cualquier arquitectura puramente formal. Allí no cabe más que el **acento**, ese **acento** español, tan poderoso, tan intenso, que permite al arte hispánico mantener el contacto con lo popular y prescindir desdeñosamente de las renovaciones formales — las escuelas artísticas — que son condición indispensable de vida para otras artes más débiles. Léanse “Teresa”, “Rosario de Secretos Líricos”, “El Cristo de Velázquez” y se podrá verificar la intensidad de la poesía unamunesca. No obstante la versificación ruda, verdadero amontonamiento de rocas ¡qué estremecer produce en el alma ese lirismo pujante, de salvaje pureza primitiva! De haberlo conocido, lo hubiera cogido Henri Bremond como ejemplo magnífico de descarga poética. Oiganos una explosión de esa alma condensada:

Canta la mar, sangre de Dios, su aliento
me llena el corazón...
de mi sangre divina oigo el acento
y canta mi pasión.

(9) Op. cit., pág. 39.

(10) Soliloquios y conversaciones, pág. 72.

(11) Romancero del destierro, pág. 32.

La mar, la mar... la vida en cuna;
 de antes del hombre, la revelación...
 En ella embarca toda su fortuna,
 fe sin palabra,
 mi temblorosa mente;
 se abre a la tierra miserable el abra
 donde me embarco
 y me pierdo en mi Dios justo y clemente.
 Su justicia es clemencia;
 su clemencia, justicia;
 su eternidad, paciencia;
 nos da lo suyo, vida, y nos enquistia
 en su divina esencia...
 no nos quita lo nuestro, que es la muerte
 y vida en muerte, muerte en vida es nuestra suerte
 (11).

La poesía de Unamuno, poesía de **acento**, de **inspiración**, es la antítesis radical de la de Paul Valéry, el **hombre de la eterna apostilla**, eternamente estéril, como lo calificó Benjamín Jarnés (12). Unamuno y Valéry son los dos polos entre que ha de establecerse la corriente poética: el del predominio del **acento** a costas de la perfección **objetiva** de la obra, y el del predominio del elemento **objeto** sobre la inspiración. No es ésto establecer incompatibilidades teóricas entre ambos elementos de la obra de arte: lo ideal es la síntesis de ambos, claro está. Pero, ¿se ha dado alguna vez la perfección aquí en la tierra? Las deficiencias inevitables de lo contingente harán que los poetas oscilen perpetuamente entre uno y otro extremo y que no puedan encaminar sus preferencias a uno de ellos sin desmedro del extremo desfavorecido. Lo cual no quita ni quitará jamás que el arte vale por el acento, que la materia artística no es **objeto** sino y que, por consiguiente sólo será perfecto en el caso de que sirva para encauzar la corriente poética y estremecer así el espíritu humano.

“Ni los conocimientos, ni las riquezas son nosotros mismos, sino algo pegadizo, algo que va y viene, algo que puede tomarse y dejarse. Pero de mí mismo no puedo hacer un uso discreto. Si me quitan una peseta o un duro, puedo conformarme; pero difícilmente me conformaré si me quitan un brazo y menos aún un pedazo del alma. Una peseta, un duro, puedo darlo discretamente, pero un brazo, un pedazo de alma, éstos no puedo arrancármelos y darlos sino apasionadamente, esto es, indiscretamente. Y yo no doy ideas, no doy conocimientos; doy pedazos del alma. Me importa menos, mucho menos, las ideas que expongo que el modo de exponerlas” (13).

(11) Romancero del destierro, pág. 32.

(12) B. Jarnés: Doble agonía de Bécquer, pág. 84.

(13) Soliquios, pág. 52.

Unamuno entiende dárse a sí mismo en la obra de arte y de sí mismo no se hace uso discreto. ¿Cómo, entonces, pedirle reflexión, espíritu crítico? ¿Cómo exigirle preocupaciones arquitectónicas? Si hay en el arte unamunescos sentido de la estructura — ¡y vaya si lo hay! — no es debido a selección consciente, a decisión maduramente preparada, sino que es producto natural de una corriente de simpatía establecida entre su espíritu y el objeto. Pero ese verdadero instinto selectivo se ha formado por una previa formidable labor intelectual, y supone una **connaturalización**, una incorporación a su propia naturaleza de esa labor que en otros es aún deliberada y voluntaria. Es la obra del afecto — considerado el **afecto** en su acepción más trascendente de impulso de finalidad, de **voluntad natural** para emplear la expresión de Santo Tomás — que convirtiendo esta tendencia adquirida en una segunda naturaleza, realiza así la magistral definición que Juan Ramón Jiménez da de lo perfecto en arte: “la **espontaneidad**, la sencillez, de un espíritu **cultivado**” (14).

Ese infalible instinto de lo perfecto unido a su temperamento austero, a ese **sentimiento trágico**, hace que casi no pare mientes en las experiencias externas de las cosas. Los materiales de Unamuno son inmateriales casi todos, y no se tome esto a paradoja. Su poesía es un continuo movimiento de ideas en contraposición, paralelismo, antítesis, etc.: los colores, en cambio, las formas, no le dicen nada. Modalidad particular de su poética es ésta que en nada empequeñece o engrandece el mérito real y auténtico de poetas de diferente contextura. El místico San Juan de la Cruz se deleitaba en el prado de verduras, de flores esmaltado, los valles solitarios numerosos, las ínsulas extrañas, los ríos sonorosos y el silbo de los aires amorosos, al paso que poetas como Jorge Guillén y Pedro Salinas no hacen intervenir para nada casi la policromía y demás encantos de la naturaleza, consiguiendo así una poesía escueta, disciplinada, llevada a extremos inauditos de condensación, lo cual no basta para que el carmelita del S. XVI sea quien ha penetrado más hondo y volado más alto por las regiones de la contemplación mística, que Guillén y Salinas no han rozado siquiera con su inspiración. No olvidemos que Unamuno da pedazos de su alma y que los pedazos de alma son espirituales.

* * *

Hemos advertido — y no pretendemos con ello realizar ningún descubrimiento—que Unamuno es místico. Pues bien, el

(14) J. R. Jiménez: Segunda Antología poética: Carta a Don Manuel G. Morente, que encabeza esta obra.

misticismo que lo llevó a reducir la filosofía a la poesía lo ha llevado naturalmente a identificar la poesía con la religión. Es en el terreno religioso cínicamente donde el concepto de mística adquiere la plenitud de su fuerza y de su esplendor. Cuando se habla de mística social o política — y nunca se ha hablado de ello con tanta abundancia como en nuestros tiempos — cuando se habla de mística poética, no se hace sino aludir a un especial estado de afectividad que sólo encuentra su objeto proporcionado — y con él su más intensa fuerza de expresión — en el fin último, única cosa capaz de saciar nuestras ansias y anhelos más profundos. Cuando la afectividad se expande sin reservas y sin trabas y se entrega a esos inefables deleites espirituales entonces, y solamente entonces, entra en los estados místicos. Calificativo semejante se hace extensivo a otros trances de la afectividad, pero por pura analogía; es evidente, en efecto, que ningún objeto ofrecido a nuestra contemplación es capaz de por sí y en igualdad de condiciones de poder provocar impulsos y deseos tan intensos de la afectividad como Aquel que por naturaleza misma de las cosas está destinado a saciarlos.

“Es en el aspecto religioso donde hay que ir a buscar lo más típico y más radical de un pueblo. Importa poco lo que cada uno de sus habitantes tomado en singular piense o diga sobre religión; hay algo como un sentimiento religioso más o menos vago, y revestido de una aparente irreligiosidad a las veces, de la colectividad, y es el que mejor recoge ese sentimiento, el que mejor también representa a su pueblo. Y ni la política, ni la literatura, ni el arte tendrán eficacia y durabilidad mientras no vivan de ese sentimiento, que no hay que confundir con dogmas concretos y formulables intelectualmente” (15). Afirmación muy explícita y fecunda en consecuencias. No es la religión doctrinal, no son los dogmas, lo que presta apoyo y fundamento a las restantes actividades humanas — la filosofía y el arte entre ellas — sino el **sentimiento** religioso y todavía un sentimiento inexpresable — **más o menos vago** — en forma intelectual, un sentimiento que bien podríamos denominar antirracional. Confirma lo que venimos diciendo un pasaje muy decidor de “El Sentimiento Trágico de la Vida” en que expresa lo siguiente: “El pensamiento filosófico de un pueblo o de una época es como su flor; es aquello que está fuera (y está encima; pero esa flor o si quiere fruto, toma sus jugos de las raíces de la planta, y las raíces que están dentro y están debajo de la tierra, son el sentimiento religioso” (16). Y si de la filosofía pasa a referirse a la belleza emplea un análogo lenguaje: “¡Qué es la belleza de algo sino su fondo eterno, lo que une su pasado con su

(15) Por tierras de Portugal y España, pág. 167.

(16) Sentimiento trágico, pág. 291.

porvenir, lo que de ello reposa y queda en las entrañas de la eternidad? ¿O qué es más bien sino la revelación de su divinidad? Y esta belleza que es la raíz de eternidad, se nos revela por el amor, y es la más grande revelación del amor de Dios y la señal de que hemos de vencer al tiempo. El amor es quien nos revela lo eterno nuestro y de nuestros prójimos. ¿Es lo bello, lo eterno de las cosas, lo que despierta y enciende nuestro amor a ellas o es nuestro amor a las cosas lo que nos revela lo bello, lo eterno de ellas? ¿No es acaso la belleza una creación del amor, lo mismo que el mundo sensible lo es del instinto de conservación y el suprasensible del de perpetuación y en el mismo sentido? ¿No es la belleza, y la eternidad con ella, una creación del amor?" (17).

El sentimiento religioso ocupa, pues, en la obra de Unamuno una posición dominante, absorbente, exclusivista. Todo lo origina, todo lo explica, todo lo atrae. Para él, la religión no es algo coordinador, armonizador, como para los teólogos católicos lo es la caridad, **forma de todas las demás virtudes**, sino un principio de absorción, de aniquilamiento de todo aquello que le sea entitativamente extrínseco. Es como una corriente que va arrasando con todo lo que encuentra a su paso. Mientras que para la teología católica la información de las virtudes por la caridad se reduce a la información accidental, por cuanto cada una de ellas conserva su peculiar entidad, para Unamuno es una verdadera información sustancial. Para él, la filosofía, el arte, la literatura, las actividades sociales, no son **religiosas**, son **religión**. Aquí se encuentra la explicación de todas sus apreciaciones acerca de arte y el poco o ningún valor que les concede consideradas como actividades intrínsecamente autónomas. Privadas de su aspecto religioso, no pasan de ser meras cáscaras vacías de todo contenido sustancial, de toda importancia humana. Todo se resuelve en religión, todo es religión. Y es sabido que la hipertrofia no es sino una de las formas de la corrupción.

Hipertrofia, eso sí, muy explicable.

Si a las actividades apetitivas — a las tendencias, en una palabra — de la sensibilidad o del espíritu les falta la tución y dirección de la inteligencia — facultad específicamente humana y que en el hombre normal debe conservar siempre posición dominante — se desbocan, lo invaden todo, con seguro riesgo de pervertirlo todo. Es el caso de Unamuno. Su inteligencia, genial a todas luces, no fué capaz, sin embargo, de dominar su enorme capacidad afectiva. De allí sus excesos, que, pese a su innegable bonhomía, austeridad y rectitud, han de haber acarreado más de un perjuicio o una catástrofe en gran número de inteligencias juveniles de España y del

extranjero que, seducidos por el vigor irresistible de su avasalladora personalidad se han entregado al peligroso juego de la paradoja unamunesca sin la sinceridad — porque carecen del **sentimiento trágico de la vida** — y sin el genio del modelo.

En esta carencia de dominio intelectual hay que buscar la raíz del sentimiento violentamente anticatólico que lo dominaba: “La institución cuyo fin primordial es proteger la fe en la inmortalidad personal del alma es el catolicismo; pero el catolicismo ha querido racionalizar esa fe haciendo de la religión teología, queriendo dar por base a la conciencia vital una filosofía, y una filosofía del siglo XIII” (18). ¡Qué desacato! ¡Cuando “al Dios vivo, al Dios humanado no se llega por camino de razón, sino por camino de amor y de sufrimiento!” (19).

Por eso la posición religiosa de Unamuno es absolutamente inclasificable. Su profundo sentimiento cristiano es cosa que se halla por encima de toda duda. Meditador asiduo del Evangelio cuyas páginas, así como todo el resto de la Escritura, conocía a la perfección, vivía en la presencia de Dios y proclamaba su fe con una edificante ausencia de respeto humano. Anticatólico, tampoco puede ser contado en ninguna de las sectas protestantes cuya religiosidad helada no podía aquietar sus ansias místicas. Más bien podría hallársele un sitio, y no muy adecuado tampoco, dentro de la herejía modernista; algunos pasajes de sus obras parecerían indicar en él cierto inmanentismo, cierto subjetivismo religioso más o menos en consonancia con la tendencia de Loisy. Pero... — y aquí viene el eterno **pero** que se alza cada vez que se trata de Unamuno — otras páginas parecerían indicar lo contrario. En fin, Unamuno es Unamuno. Esto es lo único claro. ¡Y no indagemos más!



Hemos esbozado, no más, algunos de los aspectos fundamentales de la riquísima obra de Unamuno. Queda aún muchísimo por desmenuzar dentro de ellos, por ser sometido a análisis más riguroso. Quedan todavía otros aspectos de esa obra que no hemos enfocado para no ampliar en exceso las dimensiones de este estudio. Obra y personalidad rebasan en este caso los límites de un breve ensayo. Su complejidad, riqueza y originalidad, son capaces de agotar las fuerzas más robustas, los esfuerzos más tenaces. Unamuno se yergue en la intelectualidad internacional del momento con caracteres tan colosales que ha de pasar seguramente mucho tiempo an-

(18) Op. cit, pág. 61.

(19) Op. cit., pág. 1770.

tes de que, esfumado en parte por el correr de los años su magnetismo, puédase con calma y con serenidad actualizar las innumerables virtualidades de su obra. Poeta de auténtica estirpe, pirandeliiano antes que Pirandello, novelista creador de caracteres asombrosamente vivaces, humanista enseñoreado de toda la antigüedad clásica, filólogo sin rival, he ahí otros tantos aspectos de su obra que darán que hacer a quienes, seducidos por su genio quieran desentrañar el núcleo de esa actividad y de esa vida.



Unamuno es la encarnación viviente de la España de hoy en día. Siente que tiene el alma medieval y que medieval es también el alma de su patria. Hay en el gran vasco y su patria toda, violenta, irresistible, la aspiración vehemente, el hambre desesperada de lo infinito. Por desgracia para él y para España, aprendieron del Renacimiento, la Reforma y la Revolución. Y aprendieron a zafarse de los principios que constituían el elemento formal y perfectivo de esos tiempos que llaman caliginosos: los principios cuyo conjunto forma la dogmática del cuerpo místico de Jesucristo. La aspiración mística de la Edad Media se vió siempre e ininterrumpidamente impregnada de un profundo sentido social que no se satisfacía con la existencia de los vínculos morales que mantenían en pie las sociedades civiles y corporativas de entonces, vínculos mucho más poderosos por otra parte que los que mantienen la cohesión de nuestras sociedades modernas, sino que iba a apagar la sed de sociabilidad en esa ligazón misteriosa más que moral, física en cierto sentido, que es la gracia santificante, por cuyo medio los cristianos formamos un cuerpo real y verdadero cuya cabeza es Cristo. La Edad Media, prolongada en la Gran España hasta las postrimerías del siglo XVII, era personalista. La España decadente, y Unamuno con ella, desprecian la especulación metafísica, dejan desbocarse la afectividad y abren las brechas por donde se ha de desmoronar el edificio. Los hombres sólo son capaces de unirse en el espíritu, que es forma, porque todos convienen en que poseen forma sustancial humana, se dividen en el terreno de lo material porque la materia es principio de individuación y de división. Unamuno, al rechazar el contacto con las ideas, aceptó tácitamente para su voluntad el control de los afectos, lo mismo que su patria anarquizada. Ni uno ni otra se dejaron tocar, al mismo tiempo, el alma, y conservaron la herencia espiritual de aquellos tiempos llamados caliginosos. Sí. Conservaron el impulso, pero sin guía intelectual proporcionada, connatural. Se arrojaron en la vida práctica a la dirección de su inmensa afectividad, y para la especulación echaron mano a raquílicas fi-

losofías extranjerizantes. De ahí la catástrofe continuaba, el conflicto irreductible, el **sentimiento trágico de la vida**. Porque una cualidad de todo buen sistema ideológico ha de ser forzosamente la de colmar los anhelos de la afectividad; sólo así se dará, en vez de conflicto, solución, paz, armonía. La Gran España se encarnó en San Juan de la Cruz, Lope de Vega, Zurbarán; la España decadente se encarna en Unamuno. ¿Y la del futuro? Quiera Dios que la del futuro reconozca también como propias las personificaciones del Gran Siglo y que arrojando una mirada benevolente y agradecida sobre el gran viejo que alentó por allá en el siglo XX vea en él un hombre justo y austero que si se identificó desesperadamente con su pueblo no supo elevarse — y elevarla consigo — a la cima de esplendores y hermosura que hizo durante dos siglos de la Historia de España la Historia de la Humanidad.

Alberto Cruchaga Ossa

La Conferencia de Buenos Aires

En su Mensaje anual dirigido al Parlamento, el Presidente Roosevelt expresó, el 6 de Enero de 1937, los conceptos siguientes sobre los resultados de la Conferencia Interamericana para la Consolidación de la Paz, a cuya solemne inauguración en la capital argentina concurriera 36 días antes el mismo animoso gobernante:

“La Conferencia Interamericana hizo mucho para asegurar la paz en este Continente. El actual mecanismo de paz fué reforzado y mejorado, y se adoptaron nuevos instrumentos para mantener la paz y eliminar las causas de guerra.

“Se estipuló una más amplia protección para los intereses de las Repúblicas americanas en caso de guerra fuera del hemisferio occidental. El respeto de los Tratados internacionales y del Derecho Internacional y su observancia fueron reforzados”.

Antes el Presidente Roosevelt, empeñoso promotor de la reciente Conferencia, había hecho significativas manifestaciones sobre los objetivos de la asamblea, sobre su preparación y sus expectativas.

Ahora dice el ilustre mandatario, a posteriori, algo más significativo aún sobre lo que en Buenos Aires se hizo efectivamente, y declara que lo allí hecho fué “mucho”.

Tan expresivo adverbio se aplica así con toda propiedad en sobrio documento oficial a los resultados de la Conferencia de Buenos Aires que, según se ha dicho, no pasaron sustancialmente, si se mira lo escrito y firmado, de convenir consultarse en servicio de la paz, cada vez que así sea útil para asegurar su mantenimiento.

Se supo en Buenos Aires que uno de los Delegados a la Conferencia de Paz, en vísperas de que se tocara a dispersión con horas de distancia a los repiques de la última Navidad, escribió a su país que si los resultados obtenidos no lucieron opulento esplendor de rosas, tienen modesto color de siemprevivas. Y en realidad, como lo vió el Delegado amante de las flores y deseoso de rectificar algún injustificado brote de decepción, tal fué el invariable espíritu con que en la Con-

ferencia todos trabajaron, que los resultados obtenidos son obra de tan verdadera y real sinceridad que tendrán que perdurar.

Para quien haya andado en el pasado Diciembre cerca de la mesa ejemplar a que se refirió últimamente Mr. Roosevelt, resulta extraordinariamente cierta y feliz la frase del mismo Presidente cuando dijo al Congreso de su país: "En un mundo desgraciado que sólo alberga pensamientos bélicos, los representantes de 21 Naciones se sentaron alrededor de una misma mesa, en una atmósfera de completa confianza y comprensión, para discutir sinceramente las medidas tendientes al mantenimiento de la paz. Fué éste un gran acontecimiento de resultados permanentes que afecta directamente a la vida y a la seguridad de 250 millones de seres humanos que viven en este hemisferio occidental".

Característica saliente de la Conferencia de Buenos Aires fué el valor dado a las fuerzas espirituales como agente y factor de paz, al elemento subjetivo de la obra pacificadora.

Sólo a la luz de ese predominante concepto se podrá dar toda su significación a lo acordado en Buenos Aires: consultarse.

La consulta, se ha dicho, a nada obliga, y la verdad es que obliga a todo lo que sea preciso para que la paz subsista cuando se ha convenido consultarse y se vá, llegado el caso, a la convenida consulta con real y verdadera voluntad de paz.

Más no se habría podido pretender ni alcanzar.

Seguramente por eso el siempre reflexivo y ponderado "Times" de Londres ha dicho en reciente editorial que "tal vez se verá con el tiempo que los resultados más útiles" de la Conferencia de Buenos Aires "no han sido los acuerdos celebrados en ella" sino la "eliminación de suspicacias" y la "demostración de buena voluntad".

Bien saben los redactores y no ignoran los lectores del prestigioso y realista diario inglés que si no hay voluntad de cumplirlos de nada sirven Tratados y más Tratados que aseguren la paz y hagan teóricamente imposible apartarse de ella; y que, al contrario, sin más que fórmulas tan sencillas como las de Buenos Aires la paz no puede sufrir quebrantos mientras con sinceridad se la busque y se la quiera.

Sin esa voluntad, todo y cualquier arbitrio nuevo que se

discurra tendrá que resultar ineficaz en la práctica, siempre que ese insubstituible simple falte en la receta sólo se obtendrá fatalmente producir un caso más de algo que era ya viejo en los tiempos de Cicerón—*imbecillior medicina quam morbus*:—menos poderoso que el mal será el remedio.

El 9 de Enero, al desembarcar del “Conte Biancamano”, un testigo muy calificado que no habla de oídas sino de hechos en que él mismo tuvo descollante actuación de primer plano, el Doctor Macedo Soares, que con la alta investidura de Ministro de Relaciones Exteriores del Brasil visitara días antes a Chile, manifestó a la United Press un juicio que no tiene al parecer con el del “Times” diferencias que no sean de idioma: “Quizás el aspecto más notable de la Conferencia de Buenos Aires fué la unidad y armonía de las Delegaciones”.

El Delegado que en Buenos Aires, además de contribuir a tales unidad y armonía, cultivó el género epistolar sin olvidarse de las flores no ha sido, como se ve, el único en celebrar en este caso modestas siemprevivas aunque no en todo pueden rivalizar con efímeras rosas.

“Este ejemplo — agrega en su reciente Mensaje al Congreso Federal con relación a lo hecho en Buenos Aires el Presidente Roosevelt — tendrá que tener honda repercusión en el resto del mundo”, y ojalá que los hechos den plena razón a la acentuada certidumbre de tan resuelto servidor de la paz.

Según lo preveía en Noviembre último un colaborador de la revista francesa “Affaires Etrangères”, América le habría mostrado así un buen camino a la vieja y desorientada Europa.

Dios quiera que esa indicación sea oída para que en un futuro muy próximo sean todos los países del globo los que se sienten junto a una mesa diferente de la de Buenos Aires no más que en las dimensiones y en el número de las sillas circundantes, con espíritu de paz auténtica de todos para con todos, sin asomo en nadie de intención, declarada ni oculta, contra nadie.

Como en la oda de Horacio — *fons etiam rivo dare nomen idoneus* — la fuente surgida en Buenos Aires podría dar su nombre a una pacífica corriente cuyo curso bien pudiera dilatarse hasta llegar a abrazar toda la tierra.

La recién pasada Conferencia de Buenos Aires y sus posibles derivaciones futuras invitan a recordar los siguientes conceptos, emitidos no lejos de donde vivieron y soñaron Cicerón y Horacio por un moderno profesor de la Universidad de Florencia no muy fiel a las lecciones del florentino Maquiavelo:

“L'ordine é il fine del diritto: e fra le nazioni l'ordine sta nella pace. La conservazione della pace é dunque lo scopo precipuo — es por consiguiente el objetivo capital — per non dire unico del Diritto Internazionale. A conseguirlo i Governi rivolgero i loro atti — los Gobiernos dirigen sus actos, — y filosofi le loro meditazioni”.

Carlos Hamilton D. Pbro.

La Moralidad y la Vida Cristiana ⁽¹⁾

El Doctor de las gentes ordena al joven Pastor Timoteo: "Manda a los ricos que no sean altivos, ni pongan la esperanza en la incertidumbre de las riquezas, sino en Dios vivo;... que obren el bien, que sean ricos en buenas obras..., para que conquisten la vida verdadera... Guarda lo que se te ha encomendado, evitando las profanas pláticas de vanas cosas, y los argumentos de la falsamente llamada ciencia: la cual profesando algunos, fueron descaminados acerca de la fe. La gracia sea contigo. Amén" (17-21).

Este es nuestro programa: evitar la falsa ciencia de una moral puramente natural o simplemente externa; que se parta del fundamento de la fe; y poner toda nuestra esperanza de reconstrucción moral en la "vida verdadera", la gracia de Dios y la práctica de la vida cristiana.

Quiero en primer lugar, grabar hondamente un principio fundamental: No hay otra moral fuera de la cristiana. Y un segundo principio semejante al primero: La moral cristiana no entra de fuera para adentro, de lo exterior a lo interior; sino que debe brotar, de dentro hacia afuera, de la vida interior a la vida exterior. No es lo que entra por la boca lo que mancha al hombre, sino lo que sale del corazón. "Ex corde enim exeunt"... todos los crímenes y todo el heroísmo de las virtudes. Y como la gracia es don gratuito, depende sólo de Dios establecer su economía y no del capricho del hombre. Por lo que la "vida cristiana" no se entiende sin "vida católica".

Trataré de explicar sencillamente estos tres puntos fundamentales de la sólida moralidad. I.—La vida moral es la vida cristiana.—II.—La vida cristiana es la vida de gracia.—III.—La vida de gracia nos viene de Cristo por el Espíritu Santo en la Iglesia Católica.

I

De hecho se desconoce la moral cristiana; porque el ambiente lo forman paganos y superficiales, que creen, pero desentonan de la armonía evangélica que todos admiran en los santos. Pero, si la mayoría de los cristianos lleva una vida incoherente, ¿con qué podrá salarse la tierra e iluminarse el mundo?

(1) Trabajo leído en la "Semana Pro-Moralidad" de la Acción Católica.

Los filósofos del siglo pasado que vienen llegando a nuestras cátedras y a nuestras prensas, tratando de substituir a la religión, morales laicas; a la caridad, la filantropía; a la autoridad de la Iglesia, la anarquía del egoísmo. Pero esas morales, fundadas en una conciencia que no tiene a quien rendir cuenta; en un honor que depende de la movediza estimación de un público ignorante; o simplemente en el interés del egoísmo individual o de la divinización de un Estado, a cambio de borrar a Dios, Creador y Dueño, Principio y Fin, Legislador, Testigo, Refugio y Juez, no son capaces de mantener en pie la vida de las naciones ni la moralidad profunda de los individuos. Solamente salva, a lo más, una que otra apariencia, que incomode poco y no obligue demasiado.

No hay moral sin Dios. Aprendedlo de las hordas de asesinos que anhelan destruir la civilización. Lo primero: el odio a Dios, la muerte de los sacerdotes y religiosos; el incendio de los templos, la enseñanza atea, la familia sin Sacramento; las leyes, primero indiferentes — monstruosidad de la imparcialidad entre el bien y el mal, la verdad y la mentira!—, después la guerra encarnizada contra la Iglesia de Cristo, para derribar todas las cruces que redimen y degollar a todos los sacerdotes que bautizan, enseñan y absuelven; desprestigiar a la Iglesia que guía y borrar del mundo para apoderarse de él, la religión, que condena el robo, el asesinato, la ambición, la injusticia, la mentira, la tiranía, el odio y que manda amar, desear eficazmente el bien común y respetar el orden de Dios en medio del desorden del mundo.

La moral defiende a los pueblos. Y la moral no puede existir sin religión.

A esa guerra, solapada e hipócrita primero, contra la verdadera moralidad privada y pública, ayuda la complicidad de esa "coquetería" de los ignorantes y de los intelectuales, de los indiferentes y de los católicos, con el error y el mal. Esa ignorancia de nuestros católicos llega a tanto, que no comprenden que pueda haber algo de maldad en modas, bailes, cines y teatros; libros y revistas; en el divorcio y la violación de las leyes de Dios en el matrimonio; en la educación protestante o laica; en robar el justo salario del jornalero; en suprimir del programa de la propia vida la Misa, la Confesión, la Comunión, la oración, el ayuno, la penitencia. Falta el concepto de la moral cristiana. Porque no hay otra moral.

Creen algunos que la moral cristiana consiste en no matar, no robar, no embriagarse, no fornicar. Para eso, no ha-

ce falta ser católico: también el "Ejército de Salvación" predica contra el alcoholismo, y hay caballeros ateos muy honrados y se encuentran muchos en el Hospicio que no han pecado jamás. No es eso la moral. La moral es la rectitud de la vida libre del hombre. La moral nos enseña, y manda o prohíbe, la bondad o malicia de los actos conscientes del hombre, en cualquiera actividad voluntaria, interior o exterior, pública o privada. Hay una norma objetiva, según el propio testimonio de nuestra conciencia que nos indica que algunos actos son buenos, otros buenos y obligatorios y otros malos y prohibidos. Y que no hay una perfecta impunidad para el mal moral, ni en esta vida ni en la vida inmortal. Sabemos por la filosofía que todo ser inteligente busca un fin al obrar. Y que el hombre tiene un fin necesario conforme a su propia naturaleza, que es el fin último de toda su actividad moral. Por consiguiente, la moralidad, que es el orden de los actos, es decir su disposición como medios al fin, hace que sean buenos los actos que conducen al hombre a su fin último y malos los que lo apartan del mismo. Hombre bueno, esencialmente bueno, es, no aquel que tiene aptitud para algún fin parcial, no necesario (como un arte, una ciencia, etc.), sino el que está ordenado a su Fin esencial, el que posee la perfección esencial del hombre: la perfección moral.

Sólo he insinuado este fundamento de la moral natural, para pasar a la demostración del primer punto fundamental que nos ocupa. ¿Cuál es ese orden moral? Depende del fin que Dios creador ha impuesto al hombre creado por él.

La moral cristiana aprende de la "filosofía perenne" la existencia de Dios, la espiritualidad e inmortalidad del alma humana, la libertad de la voluntad del hombre, capaz de alcanzar su felicidad o de apartarse culpablemente de su último fin. Hay una sola línea recta entre dos puntos; hay un solo orden moral por el que nuestros actos deben disponerse a la inteligencia y amor de Dios en su posesión eterna.

Primero, grabó Dios la Ley que nos da a conocer ese orden impuesto por su Voluntad Dueña de nuestro ser y que nos gobierna en conformidad a nuestra naturaleza, dando luz a nuestra razón para conocer el camino. Es la ley natural: la moral natural. Si Dios nos hubiera creado con solas las exigencias de nuestra naturaleza: inteligencia, libertad y un fin natural (el conocimiento de Dios en el espejo limpio de las cosas creadas, que copian a distancia su belleza y su poder) sería ese orden natural toda la moralidad humana.

Pero Dios nos creó "a imagen y semejanza suya". Y no sólo quiso vestirnos de una semejanza que indicara el paso de su poder creador. Nos creó elevados al **orden sobrenatu-**

ral, y por la infinita expansión de su amor, nos hace participar su vida y su propia felicidad divina. Ese no es un orden natural. Es superior: es sobrenatural, es divino.

De creaturas y siervos nos elevó a amigos e hijos suyos: nos da por la gracia santificante una participación de la misma naturaleza y vida de Dios; habla por la Revelación a nuestra inteligencia enaltecida por la Fe y da nuestra voluntad la fuerza divina de la gracia y de la caridad para podernos comunicar, como único fin de nuestra existencia humana, la visión intuitiva—a la manera como El se conoce—de su Esencia infinitamente hermosa y el amor sobrenatural — de su propio Espíritu — para entrar en el mismo gozo de Nuestro Señor. No existe la moral natural, sino la moral sobrenatural, en este orden que diviniza el fin y la existencia y la actividad del hombre por medio de la unión tan estrecha de Dios con la humanidad en la persona adorable de Jesucristo.

No hay otro conjunto de relaciones del hombre con Dios — y en esto consiste la religión — que aquel que Dios ha impuesto al hombre. Hemos sido creados para conocer, amar y servir a Dios y mediante esto salvar el alma por medio del único Mediador entre los hombres y Dios, y en la única religión verdadera, y en el plano en que nos ha colocado el Señor. Desviarse de ese orden, caer de ese plano no es sólo falta de cristianismo: es falta de moralidad. El pecado es algo desordenado, propiamente inhumano.

“En la armonía eterna, pecar es disonancia;
pecar proyecta sombras en la blancura astral;
el justo es una música y un verso, una fragancia
y un cristal.

En la blanca madeja de luz de los destinos,
pecar es negro nudo, tosco nudo aislador:
¡Pecar es una piedra tirada en los caminos
del amor!...!”.

(Amado Nervo)

La consumación del orden divino, como su misma razón de ser, es el amor. “Plenitudo legis dilectio”. La bondad moral es amor de Dios. La malicia moral es odio de Dios y amor de lo que aparta de Dios. La moral cristiana no se paga de apariencias: va a la médula del corazón e invade todo el ser, toda la soledad humana, toda humana actividad. No puede decirse: El arte, la moda, las diversiones, la economía, la política, no tienen nada que ver con la moral. ¿Se oponen o no al orden esencial? ¿Alejan del amor de Dios o lo au-

mentan? No hay término medio. No hay actos indiferentes, inconcreto, como enseña Santo Tomás. Ni puede separarse la nota de moralidad de ningún acto libre del hombre: actos, palabras, miradas, deseos, pensamientos. ¡De toda palabra inútil se ha de rendir cuenta a Dios. Y no hay otro medio de unión con Dios que Cristo, fundamento de la fe, Causa de la gracia. No hay otra moral que la moral cristiana, que es infinitamente mayor que la externa de los escribas y fariseos. El Evangelio — buena nueva — trae la moral del Amor.

II

La vida cristiana es la vida de gracia.

¿Qué ha de ser lo primero para moralizar? Hay quienes creen, con celo poco iluminado, que para atajar los desbordes de inmoralidad social, lo eficaz es: dar una medida de los escotes y de las faldas, legislar sobre trajes de baño y pintarrajeos que no logran engañar; discursos, semanas, asambleas, policía.

La A. C. debe valerse de todos los medios realmente buenos y útiles para organizar, formar y apostolizar. Pero esos medios externos ni son los únicos, ni son los primeros.

“Si oculus tuus fuerit simplex, totum corpus lucidum erit”. Si fuere luminoso tu ojo, resplandecerá todo el cuerpo. La moralidad no consiste en lo exterior: todo lo exterior se ilumina, en cambio, si el interior está lleno de la gracia de Dios. “Si hablase lenguas humanas y angélicas, y no tengo caridad, vengo a ser como metal que resuena o címbalo que retíne. Y si tuviese profecía y entendiese todos los misterios y toda ciencia: y si tuviese toda la fe de tal manera que traspasase las montañas, y no tengo caridad, NADA SOY. Y si repartiese toda mi hacienda para dar de comer y entregase mi cuerpo a las llamas y no tengo caridad, DE NADA ME SIRVE”. (I, Cor. 13-1,3).

Sin la caridad sobrenatural, ni somos nada, ni ningún medio exterior nos sirve de nada. Pero “a los que aman a Dios todo les sirve para bien”.

La actividad moral supone un elemento objetivo y uno subjetivo y además un elemento sobrenatural. Para que una acción sea buena, es menester que el objeto a que mi acción se dirige sea bueno en sí; además que el fin y las circunstancias de la acción sean buenas y que el acto sea conciente. Para que una acción sea acción cristiana un acto sobrenaturalmente meritorio para la vida eterna, ese acto naturalmente honesto debe estar divinizado por la gracia. La misma acción buena, a un sujeto que está en pecado mortal no le

merece nada para el cielo; y la misma reacción en un alma en gracia de Dios es fuente de méritos sobrenaturales.

Santa Catalina de Sena dice que la humanidad es como un árbol plantado por Dios: árbol bueno que naturalmente debía dar frutos buenos; árbol trasplantado del cielo a la tierra, que debía dar frutos de cielo. La mordedura de la serpiente en la raíz del árbol envenenó toda su savia, mató su vida: el pecado original. Y como consecuencia de ese envenenamiento, los frutos del árbol pasmados, eran frutos de muerte. La infinita misericordia de Dios quiso devolver al árbol la savia divina e injertó en el tronco de la humanidad pecadora la vida del Verbo, Hijo eterno de Dios. Por la Encarnación del Verbo, por esta incorporación en Cristo, este injerto de vida regenera la savia: circula nuevamente por el árbol la vida de Dios, la gracia, la vida cristiana; y los frutos del alma en gracia son frutos dignos del cielo. Por la Gracia de Cristo nos participa Dios su naturaleza, se une a nosotros comunicándonos su propia vida, nos eleva a la categoría de hijos suyos, por gracia, por favor misericordioso, y nos da capacidad de actos meritorios para el cielo.

La gloria es la consunción de la unión con Dios por la gracia la visión intuitiva reemplaza a la fe; la posesión a la esperanza; la caridad no se extingue. La vida eterna comienza con nuestro Bautismo y se desarrolla por los demás Sacramentos. Y ese amor de Dios que el Espíritu Santo, que habita en nuestros corazones, difunde por la gracia en ellos, mira no sólo a Dios en sí mismo, sino también a Dios en nuestro prójimo. Estos dos mandamientos encierran toda la ley moral del Cristianismo. Vivir la vida de Cristo, vivir conscientemente la vida de gracia, vivir la caridad con Dios y nuestro hermano: es esa la esencia de la moralidad de ese Reino de Dios de la vida interior que todos los demás bienes se prometen como añadidura.

III

La vida de gracia nos viene de Cristo, por el Espíritu Santo, en la Iglesia Católica.

“El justo vive de la fe”. Para consolidar y defender la moral lo primero es estudiar, amar, defender y vivir la fe en este misterio cristiano, de esa vida de Dios en nosotros y en los demás, que acabo de esbozar apenas. Fórmese, en las almas escogidas, en los núcleos escogidos de la Acción Católica, y en el pueblo cristiano a Cristo, por la fe y la vida de gracia. Y de esa vida interior vendrá el externo desbordarse de la virtud edificante. Una bañista forrada hasta las cejas no deja de estar muerta moralmente si, por dentro, está en pecado mortal...

Cuando se comprende la grandeza del cristiano, hijo de Dios, miembro del Cuerpo de Cristo, templo vivo del Espíritu Santificador, la pureza interior del corazón en caridad ilumina de sencillez las pupilas limpias y recubre de cristiana modestia las acciones, las actitudes, las palabras y hasta los pensamientos. Se adora a Dios en el alma y el alma llena de Dios todos los actos del cristiano.

Esa vida de gracia, que es la esencia de la perfección sobrenatural, nos viene de Cristo Redentor por medio del Espíritu del Padre y del Hijo, la Caridad de Dios que clama en los corazones: "Padre Nuestro"...

"Yo soy la Vid, dice Jesús, y vosotros sois los sarmientos. Así como los sarmientos no pueden llevar fruto y se secan y mueren separados del tronco; así también vosotros si no estáis unidos a Mí". La medida de la vida cristiana es la medida de la unión con Cristo. Nos incorporamos a Cristo por el Bautismo, llave de la Iglesia, que es el Cuerpo de Cristo.

El protestantismo inoculó el veneno del individualismo en la civilización, y trató de hacer de la religión y de la vida moral un fenómeno puramente individual. Hay católicos contagiados de ese error, que piensan poder prescindir de la Iglesia y enténderselas directamente con Dios. Lástima que haya el pequeño inconveniente... de que Dios no quiera entenderse directamente con ellos...!

Nadie tiene vida divina si no está unido al Cuerpo de Cristo, que es la única Iglesia verdadera. "El que creyere y fuere bautizado se salvará". "Es necesario renacer por el Agua y el Espíritu Santo". "Esta es la Vida eterna": conocer al único Dios verdadero y a su Enviado, Jesucristo. El sarmiento separado de la Vida cristiana, se seca, no da fruto divino, y muere.

La unión con Cristo realiza también la Comunión de los Santos, la común unión y participación mutua de los tesoros espirituales de la Iglesia de Cristo, de todos los justos, las almas que tienen la vida eterna por la gracia santificante.

El primer deber moral: de adorar y dar culto a Dios, es un deber social. La Iglesia, sociedad religiosa, adora y ruega públicamente, oficialmente, por la alabanza santa de su Liturgia. La gracia sólo llega a las almas por los siete Sacramentos, que la Iglesia administra. El centro de la vida cristiana es la Eucaristía, el Santo Sacrificio que la Iglesia ofrece. La fe llega a las inteligencias por las enseñanzas seguras del magisterio eclesiástico al que hay que obedecer, para ser cristiano, no sólo cuando define ex cathedra; la voluntad de Dios llega a las almas por el ejercicio del poder de gobierno espi-

ritual que Cristo confirió a su Iglesia, en la que el Buen Pastor y Rey de los siglos persevera con nosotros hasta el postrer apagarse de los mundos. El apostolado del bien se organiza en la Acción Católica, a las órdenes de la Jerarquía de la Iglesia. La unidad, la apostolicidad, universalidad y santidad de la Iglesia tienen su fuente plena y suprema en el Primado del Romano Pontífice, depositario de los dones de Dios y Obispo de nuestras almas. Las voces santificadoras del Espíritu Santo llegan a la intimidad profunda de las conciencias por la voz sacerdotal del padre espiritual, ángel de guarda visible de las almas, en quien la Iglesia deposita el poder de dar y aumentar la gracia con el perdón y donde el Espíritu de Cristo Nuestro Señor pone la luz de sus llamados y la suavidad de su ley y la caridad de su consuelo.

Son condiciones indispensables para la moralización, la sumisión al Papa y el espíritu litúrgico, que pone en nuestros labios la oración santa de la Esposa inmaculada de Cristo y nos une más con El. La pastoral Colectiva que recientemente han dirigido a los fieles los Obispos de Chile insiste en la verdad consoladora de las palabras de Pío X: "el manantial primero e insustituible del verdadero espíritu cristiano, es la participación activa en los sacrosantos misterios y en la pública y solemne oración de la Iglesia".

¿Queréis saber prácticamente cómo se vive la moral evangélica, la vida cristiana, la vida católica?

No se cristianiza con sólo mandas, novenas, formulismos farisaicos o extravagancias mortificantes de "beatas". Leamos el Libro de los hechos Apostólicos para aprender de los primeros cristianos. Perseveraban en la doctrina de los apóstoles y en la comunión de la Fracción del Pan y en las oraciones... y todos los creyentes estaban unidos...; y tenían todas las cosas comunes; y vendían las posesiones y las haciendas y repartíanlas a todos, como cada uno había menester. Y perseverando unánimes cada día en el templo y partiendo el Pan en sus casas, comían juntos con alegría y sencillez de corazón; alabando a Dios y teniendo gracia con todo el pueblo. Y el Señor añadía cada día a la Iglesia los que habían de ser salvos". (Act. Ap. II-42-47).

Esa es la moral y la vida cristiana y el apostolado eficaz. Vivir con sencillez la caridad de Cristo y ser luz blanca y suave que haga a los paganos amar al Padre que está en el cielo; y fuego que derrita y rompa el materialismo que aprisiona nuestra fe; y dar con el desborde exterior de la vida espiritual, al mundo desesperado que se mata, un anuncio verdadero de la Paz...; la Paz que ha de traer la benignidad de Jesús en brazos de la Virgen, Madre del Amor hermoso y de la santa esperanza...

Alberto Hurtado

Psico-Pedagogía de la afectividad en la Adolescencia

En un artículo publicado en el mes de Noviembre expusimos los caracteres generales de la vida afectiva durante la adolescencia; en éste trataremos de sus distintas formas en particular de la amistad, del amor entre adolescentes de la misma edad, y de las manifestaciones afectivas entre personas de edad diferente.

La amistad.

Rousseau hace notar que el primer sentimiento de que es capaz un joven educado cuidadosamente no es el del amor, sino el de la amistad.

Las camaraderías entre niños no dejan casi nunca rastro. Se hacen y se deshacen al azar de los encuentros. Las amistades de los adolescentes en cambio, las amistades de colegio como se las llama, son tan tenaces a veces que resisten a la mayor parte de las causas de destrucción, a las diferencias de gustos, de intereses, de profesiones, de ideas, hasta a las largas separaciones. Los amigos de adolescencia no se desprenden nunca totalmente el uno del otro. Entre los catorce y los dieciocho años el impulso lleva a un adolescente a buscar la amistad de otro compañero es un sentimiento tan fresco, tan rico a pesar de su imprecisión, tan vivamente sentido y tan nuevo que todo el hombre se conmueve.

Las grandes obras de la literatura mundial están llenas de recuerdos de amistades profundas. Virgilio nos recuerda en la Eneida la escena de la amistad fiel hasta la muerte de Niso y Euríalo. Ya antes la Sagrada Escritura nos hablaba llena de emoción de la amistad de David y Jonatás. San Agustín, en sus Confesiones, con palabras tan bellas en su original, que es imposible traducirlas sin descolorarlas llo-
ra la muerte del "amigo que florecía junto conmigo en la flor de la adolescencia... Mi corazón se ha entenebrecido de dolor y todo cuanto veía era muerte para mí. Y la patria me era suplicio, y la casa paterna asombrosa infelicidad, y todo lo que había comunicado con él, sin él me era gran tormento. Mis ojos le buscaban en todas partes y no le encontraban; y odiaba todo porque no le tenía a él y porque no podría decir: ya viene él, como cuando vivía y estaba ausente".

Michelet hablando de una amistad de adolescencia cali-

fica el primer encuentro con su amigo como el mayor acontecimiento de su juventud. Y ¿quién recordando sus años de adolescencia no se detendrá emocionado en esas impresiones llenas de frescura y de emoción como después difícilmente volverá a encontrarse?

La plasticidad del carácter es tal en esta época que es casi imposible que un régimen y una educación idénticos no creen, aun en las almas más diferentes, una especie de parentesco espiritual que muy difícilmente puede obtenerse entre los que se acercan a la veintena. La camaradería entre estudiantes universitarios es totalmente diferente de las amistades de colegio. Los universitarios viven juntos, pasean juntos, forman parte de las mismas asociaciones y sin embargo el vínculo formado entre ellos no es de ordinario tan durable ni tan fuerte a no ser en las almas más sensibles, más depuradas, que conservan su adolescencia psíquica algunos años más.

Amor y amistad.

Una duda asalta con frecuencia a los educadores sobre la naturaleza de los sentimientos que unen a los adolescentes entre sí. ¿Cuándo hay amor, cuándo amistad? Cicerón definía la amistad: "El perfecto acuerdo de dos almas sobre las cosas divinas y humanas junto a una benevolencia recíproca"; y San Francisco de Sales decía que la amistad es un recíproco y manifiesto afecto por el cual nos deseamos y procuramos el bien los unos a los otros, según las reglas de la razón y de la honestidad. Aristóteles más brevemente aún la llama "un alma en dos cuerpos". La simpatía juvenil será por tanto amistad cuando domine en ella la mutua confianza, la necesidad de estima, la comunión de ideas, la prosecución común de fines ideales. Estos son los elementos más propios y característicos de la amistad.

A los sentimientos propios de la amistad se mezcla sin embargo a veces un amor más sensible, que llega asemejar al amor sexual, por el deseo de confidencias, por los celos por el deseo de posesión exclusiva, y por las tormentas interiores. Estos afectos por el sólo hecho de presentarse a la mente no desvirtúan sin embargo la amistad de su carácter de pasión espiritual, ya que dada la íntima unión del ser humano, en todos nuestros afectos reacciona el hombre entero y no cada una de sus partes por separado. Hasta para formar las ideas exclusivamente espirituales, realiza de alguna manera el alma humana el axioma de los escolásticos "anima corporata". El alma en esta vida obra como informando íntimamente al cuerpo. Es de todo punto falsa la concepción

de Descartes que imaginaba el alma como unida extrínsecamente al cuerpo, como el cochero está unido al coche que maneja, o el marinero al barco que dirige, pudiendo por tanto prescindir en sus operaciones superiores del cuerpo en que está prisionera. La concepción escolástica en cambio nos afirma que el cuerpo y el alma son dos principios substanciales incompletos que se unen para formar un sólo sujeto, una sola naturaleza, una sola substancia. No es pues de extrañarse que aún los sentimientos espirituales traigan consigo su repercusión orgánica, que por el sólo hecho de existir no los vician y contaminan.

Pero si bien es cierto que puede subsistir el sentimiento de amistad a pesar que se introduzcan subrepticamente sentimientos de orden inferior, corre, con todo, peligro de degenerar si se consiente voluntariamente en ellos. La aceptación plenamente querida de elementos de orden libidinoso, tales como el ansia de caricias, los celos consentidos, la prolongación de confidencias tiernas, indican un ansia de posesión exclusiva que desvirtúa la pureza de la amistad y la convierte en un amor peligroso.

Resulta difícil a veces distinguir entre amor y amistad y es sin embargo necesario ensayar una delimitación de los campos para estar seguros de encauzar correctamente la afectividad del adolescente. El P. Arturo Veermeersh, S. I., universalmente conocido como una de las mayores autoridades en materias morales en su hermoso libro **De castitate**, desgraciadamente agotado, pretende distinguir así el amor y la amistad:

“El amor quiere una posesión absolutamente exclusiva. La amistad en cambio admite una participación afectiva con otros, aunque restringida a un grupo pequeño. El amor nace más bien de la simpatía física. La simpatía física no basta a la amistad, no es necesaria, ni suficiente, ni requerida en absoluto. El amor nace súbitamente: una mirada, un encuentro determina el incendio, aunque a veces una larga incubación pueda preceder la declaración. La amistad nace poco a poco, a medida que se descubren las cualidades morales. El amor se funda entre caracteres opuestos: uno que domina, otro que obedece: uno fuerte y otro débil. La amistad existe **preferentemente** (no dice exclusivamente) entre jóvenes del mismo carácter y de la misma edad.

El amor es inquieto, la amistad es serena, desinteresada.

El amor pide declaraciones repetidas, después adopta el lenguaje mudo. Es celoso; busca las peleas profundas, después acercamientos que reanimen la llama. Se pelea buscando la dulzura de la reconciliación. La amistad está menos

cortada por incidentes; es tan poco celosa que los amigos sirven de confidentes; no tolera los sobreentendidos.

El amor se expresa por cartas. La amistad, menos, o no las emplea. El amor se pierde por el alejamiento físico, ya que la causa física que lo ha producido no existe. La amistad subsiste a pesar del alejamiento.

El amor causa cierto escrúpulo. La amistad no lo causa.

El amor está ansioso de ver, de abrazar, de estrechar la mano, ya que el tacto tiene un papel muy importante. La amistad no busca caricias.

El amor afecta cierto misterio, aparenta ocultar el sentimiento, incubarlo en secreto. La amistad en cambio no afecta secreto alguno.

El amor provoca fácilmente pensamientos y movimientos malos. La amistad, no.

Valor pedagógico de la amistad.

No cabe duda después de lo que acabamos de exponer que las amistades entre adolescentes traen consigo el peligro de hacerse demasiado sensibles y aún de degenerar en pasiones vituperables, y sin llegar a tanto pueden disminuir la plena expansión de la personalidad, reteniéndola atada dentro de límites egoístas. Este peligro existe sobre todo en los internados que no ofrecen los medios adecuados para que el joven pueda llevar una vida no sólo intelectual y religiosamente plena, sino también sentimental y físicamente adaptada a sus años.

La manera de combatir las amistades peligrosas no consiste tanto en insistir constantemente en el peligro que ofrecen, sino ante todo en poner al joven en un ambiente donde respire amor a lo grande, a lo bello, amplitud de corazón, heroísmo. En segundo lugar hay que ofrecerle objetos nobles que atraigan y cristalicen las fuerzas afectivas exuberantes de su alma, que nadie podrá extinguir sin destruir al propio tiempo su personalidad. Si esto no bastase, porque el ambiente ha sido anormal, estrecho, mezquino y el corazón se ha prendido de lo primero que ha encontrado a su paso, hágasele ver cuánto lo empequeñecerá tal afecto desordenado y ofrézcasele al propio tiempo un campo apropiado a su vida afectiva donde encuentre una compensación superior a la pasión que le domina. Si el remedio es aún insuficiente y la pasión tiene verdaderamente los caracteres de anormal, hágase ver al joven por un médico psiquiatra, pues tal curación excede el dominio de los consejos de los padres y del sacerdote y requiere la ayuda de un médico especialista. El médico y el sacerdote unidos serán los mejores auxiliares del padre de familia en la orientación de la afectividad desordenada de su hijo.

Por lo que respecta a las amistades ordenadas, a aquellas que revisten las cualidades de la verdadera amistad que señala el P. Veermeersh, no hay por qué temerlas, sino que al contrario hay que alentarlas entre adolescentes llamados a luchar juntos en el mundo.

La amistad bien entendida es la manifestación más espontánea de los sentimientos altruistas, con frecuencia comprometidos por la sequedad de una educación demasiado intelectualista. Ella nos permite prever el grado de generosidad de que será capaz un sujeto y salvo casos anormales de pubertad retardada puede decirse que un joven incapaz de amistad en los años que siguen a la adolescencia, da pocas esperanzas que sea un hombre que llegue algunas vez a olvidarse por algo que valga la pena.

La buena amistad incita poderosamente a la virtud, porque convida a imitar las buenas cualidades del amigo; porque convida a imitar y porque como dice Santo Tomás: "Cualquier virtud puede atraernos la amistad de los hombres, pues toda virtud es un bien y el bien es amable para todos y vuelve amables a los que lo poseen. Mas, ya que sola la virtud puede hacernos amables, síguese que todo defecto, todo vicio en el objeto amado es un obstáculo para la amistad, de donde se infiere igualmente por la razón contraria que la amistad crece, aumenta y se afirma a medida que la virtud va desarrollándose".

El P. Gillet, General de los Padres Dominicos, basándose en estas mismas ideas de Santo Tomás insiste en que por regla general el aislamiento es perjudicial al estudiante que lo cultiva y perjudicial a los demás. Sufre el que se aísla porque en la edad en que comienzan las pasiones fuertes es necesario domarlas y cambiarlas en virtudes, tarea en la que el adolescente será inmensamente ayudado por el ejemplo de los jóvenes apasionados y virtuosos. Un joven se desanima menos en esta lucha por la vida moral y divina cuando tiene ante sus ojos el ejemplo reconfortante de sus compañeros de batalla. Pero aunque el aislamiento no paralizase las actividades del estudiante, sino que hasta las intensificase "yo me alzaría todavía contra él — dice el P. Gillet — por sus inconvenientes sociales". En una época en que todas las fuerzas del mal se unen para realizar sus esfuerzos, es de todo punto necesario que los que participan de un mismo ideal superior, se unan, es decir, se amén, para satisfacer esas necesidades sociales.

El amor entre adolescentes de distinto sexo.

La amistad es el primer sentimiento que se presenta en la adolescencia pero no el único. Relativamente pronto comien-

za también a hacer su aparición un sentimiento indefinido que pasa por visisitudes, que ocasiona a veces crisis violentas en el alma, verdaderas tragedias, que fortifica otras veces su voluntad para el bien, la regenera y la ensalza. Es el amor.

En los primeros años hasta los diez aproximadamente, los niños viven ajenos al amor: sus relaciones y sus juegos se basan más que en la gracia del sexo en la fuerza y atrevimiento que descubren en el otro. El incentivo completamente inconsciente de la dualidad de sexos se hace con todo sentir en ciertas ocasiones y se exterioriza en alguna delicada consideración u homenaje infantil, que rompe la línea general de la conducta excéntrica tan propia de la niñez.

De los diez a los trece años aproximadamente es normal que exista entre los niños de ambos sexos una huraña y orgullosa separación. A ellos "no les importan nada las chiquillas"; ellas les encuentran "tontos y groseros". Detrás de esta aparente repulsión puede advertirse sin embargo el interés inconsciente que una parte siente por la otra, interés oculto aún para los compañeros más íntimos, pero que se echa de ver en el cambio de actitud de los niños al ser observados por las muchachas, para causarles impresión con sus fanfarronadas. Ellas en cambio se vuelven más silenciosas, más compuestas y en ocasiones, si están varias reunidas y son de carácter vivo, se tornan provocativas y se atreven a atacar de palabra. El atractivo sexual no existe en esta edad, como algo consciente.

Después de este período, que se prolonga en algunos durante varios años, sucede una etapa en que los sentimientos sociales tan propios de la adolescencia, comienzan a hacerse sentir con fuerza. El joven siente un ansia de sobrepasarse que se traduce por manifestaciones altruistas, como renunciar a satisfacciones personales en favor de otras personas, el interesarse por causas nobles, el hacer servicios a los demás aunque esto signifique privaciones y sacrificios. Entre estos sentimientos sociales hacen sus primeras apariciones las manifestaciones del amor, que no es al principio el sentimiento complicado que mueve una persona hacia otra de distinto sexo para poseerla con exclusión de todos los demás, sino un afecto vago que le empuja a salir de sí mismo, a buscar un derivativo a la inquietud que producen en él las sensaciones nuevas que comienza a experimentar y que, al propio tiempo, permita cristalizar esos deseos generosos que brotan en su alma de buscar algo mejor que él y semejante a él. No todos conciben ese objeto como una persona de distinto sexo a la cual haya de amar. Los que sienten nacer en sí esta pasión se dividen entre los que buscan conscientemente al adolescente de otro sexo, los que flirtean; y los que se retraen.

Los adolescentes que flirtean se exponen a llevar una vi-

da muy superficial, a gastar el tiempo, las energías y el dinero en exterioridades, sobre todo en arreglarse para impresionar a la persona que pretenden. En el fondo su actitud es egoísta. Los adolescentes que llevan esta vida de paseos, de fiestas, de pololeos son en general los de menos valor en ambos sexos, lo que hace que lejos de enriquecer su personalidad con el trato mutuo, la empobrezcan, y se contentan con manifestaciones puramente exteriores de amor. Estas almas que no aman profundamente tampoco tienen fe en ninguna causa grande. Quien se contenta con dar el gran capital de su alma por cosas de poco precio no conserva caudal para adquirir objetos de verdadero valor.

Los adolescentes que se retraen ante las personas del otro sexo les rinden homenajes menos exteriores pero más profundos. La imagen amada les impide hundirse en el fango, y forma en su alma una fuerza generadora, les inspira un concepto de confianza en la vida que les ayudará poderosamente a luchar y a triunfar.

Spranger no cree que en estos años de adolescencia pueda aparecer un grande y verdadero amor, porque en estas exaltadas manifestaciones se busca demasiado todavía el joven a sí mismo, y porque el alma humana no ha madurado todavía suficientemente para abrazar en un mismo afecto la persona total, sino que se detiene tan sólo en las perfecciones aisladas. Esta consideración va además agravada del hecho que las cualidades que cautivan el corazón en esta época no son propiamente las que el individuo descubre realmente en la persona amada, sino las que su fantasía ha proyectado en ella, las que habría deseado encontrar... y no siempre, por desgracia, el deseo se conforma a la realidad.

Pedagogía del amor en la adolescencia.

La primera consecuencia pedagógica que brota de todo lo expuesto es la necesidad de orientar estos primeros impulsos afectivos, indicando al adolescente tan pronto se presenten cuál es su naturaleza, cuál su función en la vida, cuál la actitud de alma que ha de tomar ante ellos.

En ningún caso puede aceptarse la actitud de simplista de indignarse ante el niño que se atreve a manifestar cándidamente a sus padres o educadores el estado de su alma y de pretender poner silencio a sus agitaciones interiores con una palabra de autoridad, con un decirle que de esos asuntos no se habla, que se le va a castigar si continúa pensando en pololeos, o que se le va a poner interno en un colegio. Esa pedagogía demasiado simplista y antinatural no obtendrá su resultado. El niño, aunque de cortos años es una persona humana

que merece respeto y la única manera posible de educarlo consistirá en entrar dentro de su alma, procurando con todo respeto darse cuenta de cuál es su estado de espíritu, cuál la profundidad o superficialidad de sus sentimientos y con la experiencia de padre o maestro pero con el cariño de amigo hacerle caer en la cuenta de los designios de Dios sobre su vida, y del valor pedagógico de cada uno de sus procesos afectivos.

El niño ha nacido en un ambiente familiar donde forzosamente ha de vivir; en ese ambiente ha de encontrarse con las amigas de sus hermanas, sus primas, otras niñas que cautivarán sus afectos y el educador ha de prever esta situación y no pretender solucionarla — en los casos normales — por el aislamiento, sino por la educación progresiva de sus instintos dentro del ambiente social en que Dios le ha colocado.

Una de las primeras indicaciones que ha de darle que es que el "flirt" ha de ser combatido enérgicamente, pues él expondrá su vida afectiva aún no llegada su madurez, a una catástrofe y a un desengaño fatal para toda su vida ulterior al darse cuenta que el primer ideal de su vida se deshace sin dejar huella. Al idealismo puede substituir un escepticismo profundo de la vida.

Una pregunta surge espontáneamente después de lo expuesto: ¿Cuál es el camino de impedir las manifestaciones prematuras del amor? ¿Luchar con él hasta aniquilarlo? ¿O más bien orientarlo, sublimarlo? El R. Gillet, en su hermoso libro *L'éducation du coeur* se hace también esta pregunta: una vez que la educación ha plantado en el alma del joven la honradez humana, la belleza moral, ¿debe excluir de su vida los bienes de orden sentimental o sensible? ¿debe sacrificarlos, o simplemente subordinarlos? **Subordonnés, oui; sacrifiés non** es su respuesta. La sensibilidad del joven, sus sentidos tan afinados, su corazón impaciente de latir son una riqueza incomparable, un don que Dios le ha dado para ayudarle a darse con más bríos y generosidad allí donde le llama su deber de hombre honrado y de estudiante católico. Estos sentimientos en su forma plena han de tener un sitio en la vida del joven cuando llegue el momento oportuno. Entre tanto habrá que proceder con cautela para no dejarse tomar por el corazón y realizando una vida social conforme a su edad, habrá de aplicar la mayor parte de sus energías aún afectivas al rudo cumplimiento de su deber de estado y a interesar su corazón por alguna causa noble.

Pascal ha dicho que los grandes pensamientos nos vienen del corazón. Esto es verdad sobre todo tratándose del joven. Cuando un ideal elevado cae en un alma ardiente, pronta a inflamarse, todas sus energías se agrupan a su rededor. Un joven, sano de espíritu y de corazón, no va de ordinario a la

verdad y al deber con un espíritu tranquilo y un querer seco, sino todo entero, con su espíritu, su corazón y aún sus sentidos. Todo esto vibra en él y da ese no sé qué de irradiante que impresiona aún a los más cobardes. Los grandes ideales que ha de abrigar el alma del adolescente y cuya realización supone energías extraordinarias, no se los inspiremos únicamente en virtud de un frío razonamiento, sino que interesemos a todo el hombre en su realización.

El educador hará comprender al adolescente los graves problemas que agitan a la humanidad y que solicitan su colaboración: los problemas sociales, la miseria del pobre, le ofrecen un campo donde ejercer su sed de amor. Para ello ha de consagrar entre tanto sus energías a completar e intensificar su formación intelectual, sentimental, y literaria, religiosa y artística que le permitan realizar después una obra eminentemente altruista y generosa. No podrá hacer él nada de valor por los demás, si él no es antes una persona de valer, un alma cultivada en todos sentidos. Hasta los estudios más fríos y desligados de la vida afectiva del joven adquirirán así un realce y un nuevo motivo para abrazarlos.

En este trabajo de orientación de las fuerzas afectivas de la adolescencia los estudios sociales deberían tener un lugar preferente, si no en la amplitud con que se desarrollen, por lo menos en la intención de los educadores, pues contribuyen poderosamente a formar el espíritu de simpatía y de colaboración social. El sentido de la solidaridad humana es un poderoso derivativo al sentimiento vago de amor que apunta en el alma y que no necesita imprescindiblemente de una mente en torno a una idea tan sublime como el amor a los hombres.

La contemplación de la miseria humana, la visita a los hospitales, a las cárceles y sobre todo a los hogares pobres serán de gran eficacia para hacer comprender a los jóvenes las posibilidades de acción que se les presentan y que solicitan su colaboración generosa. Esta colaboración consistirá en su limosna, en sus consejos, en sus visitas, pero sobre todo en el don total de su amor al pobre que les mueva a estudiar y a formarse convenientemente para trabajar por una solución de justicia social que levante el nivel material y moral de sus protegidos. El amor ideal que bulle en el alma del joven encontrará así un objetivo digno, apropiado a su edad, que el mejor estímulo para cumplir su deber de estudiante. Es mala política, la política de los anti, la política de las negaciones. En lugar de matar los sentimientos o de ponerles barreras por todas partes ofrézcaseles un campo de acción más elevado.

Esta solución supone que el adolescente encuentra en su

casa y en el colegio un ambiente de idealismo generoso. Por desgracia ocurre con frecuencia que los hijos viven en un ambiente demasiado preocupado del lucro, de la situación material y donde se cierra la puerta a toda idea que no se traduce en dinero o en comodidades. Padres hay que condenan como quijotadas todas las manifestaciones de generosidad de sus hijos y que no aprecian mientras están en el colegio, sino las notas de exámenes, los premios, lo que después se traducirá en una mejor situación social. Es cierto que el gran deber del estudiante es el estudio, cierto también que la prensa es muy astuta y se disfraza a veces en deseos de apostolado que dan pábulo a actividades más atrayente que las monótonas del estudio, pero no es menos cierto que el corazón del niño si no se quiere que se seque definitivamente necesita ponerse en contacto con los grandes problemas que despierten su espíritu de sacrificio. El ambiente de egoísmo que por desgracia se respira en tantos hogares, entierra muchos idealismos de juventud y causa después neurosis profundas, acompañadas de egoísmo, avaricia, espíritu de casta, y termina por considerar la vida como un mercado. El remedio está en ofrecer al niño y al joven un ambiente donde sus aspiraciones espontáneas encuentren cabida, donde su vida afectiva pueda desarrollarse y donde el deber de estado no sea propuesto como una imposición exterior, sino como una realización del amor estético e ideal.

El ideal religioso ofrece también un vasto campo donde pueda actuarse el sentimiento del amor, en primer lugar en la persona adorable del Hombre-Dios, cuya vida no fué sino amor, cuya actuación toda se resumió en esta frase: "pasó por el mundo haciendo el bien", cuyo símbolo más perfecto es el corazón, insignia del amor. Al propio tiempo ese ser, que es Dios, quiere ser amado de sus criaturas. Las invita a una felicidad perfecta, a la plena satisfacción de todas sus aspiraciones. Sólo El podrá saciar la sed infinita de amor que tortura sus almas, y sin embargo es desconocido de tantos hombres, perseguido por muchos otros, que se ven sumidos en la tristeza, en la desesperación y expuestos a un eterno odio y sufrimiento. Estos sentimientos expuestos gradualmente fortalecerán la voluntad del niño y canalizarán sus aspiraciones amorosas. Su vida religiosa, que ha de ser el fundamento más firme de todas sus otras vivencias, encontrará no sólo un fundamento intelectual, sino que un apoyo afectivo, y ella misma al propio tiempo será la mejor salvaguardia que impedirá que se agoste prematuramente el amor ideal que nace en su alma.

La pedagogía del amor en la adolescencia exige, pues, como elemento fundamental no la destrucción de su vida afec-

tiva, sino su orientación hacia ideales superiores en un ambiente de generosidad y de belleza, que se resume tan bien en estos versos, de Rubén Darío:

Yo me contento, Amor,
con sembrar rosas
en el camino azul por donde vas.
Tú, sin mirarlas,
en su seda posas el pie,
quizás mañana las verás...
...Dios hará lo demás...

El verdadero concepto del amor.

La orientación que acabamos de indicar es fundamental en la pedagogía del amor, pero no la única. Esos ideales superiores que el adolescente ha procurado vivir con toda su alma impedirán que se agoste en flor su vida afectiva y la irán haciendo madurar gradualmente dentro de una vida social ordenada. Pero vendrá un momento en que muchos jóvenes llegados ya a su pleno desarrollo se sentirán atraídos a actuar con exclusividad su afecto sobre una joven. ¿Cómo orientar esos pasos decisivos de la vida? He ahí un problema no menos importante que el anterior. La comprensión del concepto de amor ayudará poderosamente a su solución. El P. Aspiazú, S. I. en un hermoso libro "Tú y Ella", del cual citaremos varios pasajes, expone hermosamente los elementos de esta preparación al matrimonio.

El educador ha de hacer comprender al adolescente que ese delicado y sublime sentimiento que se llama amor, no es un afecto egoísta que se cultiva para pasar el rato, o para darse importancia, o para ilusionarse pensando que ha llegado a la madurez del "hombre". El amor verdadero no es el sentimiento bullanguero de que se jacta el joven, que se ostenta con vanidad en los paseos públicos... Eso es una caricatura del amor.

El amor es la pasión honda y recatada y discreta. Es el afecto silencioso como las aguas profundas que no sabe expresarse, aprieta el pecho y no lo rompe:

Nunca sabré decirte que te quiero.
Un amor sin palabras es el mío;
limpio como una gota de rocío,
grato como una flor en el sendero.

Por extraña reacción el amor verdadero lejos de gustar de las exterioridades, hace al alma más interior, exteriormente se vuelve ésta

algo arisca y montecina
como paloma torcaz.

Elegir la compañera de la vida es un problema que imprimirá un sello imborrable. El poder elegir, decía Dante, es el mayor don que Dios ha dado al hombre. De su recto uso depende una suma inmensa de felicidad, de aquí que este problema ha de ser tratado con suma seriedad. Esta seriedad de la vida no hay que cansarse de inculcarla a los adolescentes para que no se dejen llevar por las ilusiones aparentes, por el encanto de un rostro terso, que pronto se surcará de arrugas, por el brillo de unos ojos, que la menor tristeza puede empañar, sino que sean las cualidades verdaderas las que le decidan a unir indisolublemente su vida a otra vida, para no engañarse en tan grave problema buscará el consejo de sus padres, de un amigo fiel y experimentado, considerará el paso que va a dar a la luz de la fe e implorará el auxilio de Dios por la oración continua. Humillado con estas claridades sus ojos se tornarán a buscar una joven que sea

Sencilla para pensar
prudente para sentir,
recatada para amar,
discreta para callar
y honesta para decir;
robusta cual una encina,
casera cual golondrina
que en casa canta la paz...

Una mujer así puede hacer feliz al hombre que le confía su vida. A ella podrá decirle como Gabriel y Galán:

Ven, alma virgen, al reclamo amigo
de un alma de "hombre" que te espera ansiosa,
porque presiente que vendrán contigo
el pudor de la virgen candorosa,
la gravedad de la mujer cristiana
y el casto amor de la leal esposa.

El autor de estas estrofas escribió también una poesía bellísima que los jóvenes que están preocupados por la elección de la compañera de su vida deberían leer y releer: "El Ama", resumen de la concepción cristiana del hogar. Cuando el poeta quiso "ser como su padre era", buscó una mujer

“como su madre” entre las hijas de su hidalga tierra. Y fué como su padre...

Y fué mi esposa
viviente imagen de la madre muerta,
un milagro de Dios que ver me hizo
otra mujer como la santa aquella...

Ella no pensaba en pasear y divertirse, sino en compartir con su marido las duras obligaciones de su vida, en acompañarle a la soledad de los campos, en atender con solicitud maternal a los que con el sudor de su frente regaban sudando los campos de la familia. Ella era el ama buena, la esposa amante que llenaba de alegría la casa. Cuando ella desaparece la vida se tiñe de de tristeza y deja un vacío en el alma que nada puede curar sino la esperanza de reunirse con ella un día.

Pero bien se conoce
que no vive ella;
el corazón, la vida de la casa,
que alegraba el trajín de las tareas;
la mano bienhechora
que con las sales de enseñanzas buenas,
amasó tanto pan para los pobres
que regaban, sudando, nuestra hacienda...
¡Desde que ella murió,
la vida en la alquería
se tiñó para siempre de tristeza!...

En familia todos rezan
reunidos, el rosario,
sin decirnos por quién...
¡pero es por ella!

Esa es la esposa que han de soñar los jóvenes que se plantean para un porvenir más o menos lejano el problema de fundar un hogar. Y el que desea encontrar una mujer “como su madre” ha de realizar en su corazón las virtudes de su padre y cultivar en su alma las mismas cualidades que él suspira por encontrar en su futura compañera. Si él anhela recibir una esposa virgen, que le entregue todo su cariño, de la cual nunca tenga que avergonzarse, procurará a su vez vivir en pureza, lealtad, entrega total a la compañera de su vida. Y el matrimonio vendrá así a ser la unión de dos almas en un común amor:

Ya se va la noche bella
Ya viene alumbrando el día.

No queda más que una estrella;
Esa es la tuya y la mía.
¡Vámonos los dos a ella!

El respeto en el amor.

El amor verdadero viene siempre vestido de respeto. El es la valla que defiende la pureza de los que se aman. Si se rompe el cerco del respeto el amor se ha convertido en egoísmo y en placer.

El tiene derecho a comentar todos sus cariños en su joven amada. Ella será para él la persona más querida, la de las íntimas confidencias, la de los planes futuros llenos de ensueños. Ella será la esposa, la madre de los hijos...

Pero, lo será, no lo es. Hoy todavía es la flor no deshojada que ha crecido en el jardín de una familia cristiana y honestísima, rodeada de exquisitos cuidados paternos, prevenida con el cariño de Dios, que desde la eternidad la preparaba para él. ¡Con qué respeto debe mirar esta flor intacta! ¡Con qué agradecimiento ha de elevarse a Dios que se la ha guardado, a sus padres que con desvelos incesantes se la han formado y se la han entregado!

Y antes que llegue el día de la bendición de Dios, ¿se va atrever a deshojar esa flor, a turbar esos ojos limpios y transparentes, a inquietar su corazón para siempre, a abusar de su confianza que inocente se entrega creyendo tratar con un cristiano y un caballero?

Deshojar esa flor ¡es audacia, no es amor! Es placer indómito y salvaje, que abusa de la confianza, se escuda en el silencio de un pecado humillante y en último término se goza no en la flor, sino en el vicio egoísta. Amar es del alma, codiciar del cuerpo. Esta es la idea que hermosamente expone Benavente en "La propia estimación" parangoneando la actitud egoísta que sacrifica todos los goces, si fuera preciso, para evitarse un solo dolor, y la actitud del que dice "El mío es egoísmo también, pero es otro egoísmo, egoísmo ideal es sacrificarlo todo, aunque el sacrificio destruya nuestra vida".

Esta actitud generosa y llena de respeto está hermosamente resumida en unos versos de autor desconocido:

A las mujeres respeta
como cumple un caballero,
tus labios siempre sinceros,
tu mente siempre discreta;
míralas como el poeta,
que juzga de ángel su ser.
y, si llegas a temer

que te impulse otra corriente,
acuérdate solamente
que tu madre fué mujer.

La poetisa italiana Alinda Bonacci compara hermosamente el alma amada con una gotita de rocío, blanca, linda y transparente. ¡Qué no acontezca que un pajarillo roce audazmente la rama donde está suspendido, tiemble la gota, caiga, se encuentre con el polvo del camino y se convierta en lodo. ¡Quién podrá devolver a la gota inmaculada antes su prístino esplendor, **L'anima humana e la caduta stilla**. ¡Qué triste cosa ver convertido el objeto de los amores en una gota caída y caída por aquel a quien ella se entrega repleta de confianza y de aspiraciones de felicidad!

Cuando el amor se trueca en codicia, los ojos de los dos ya nunca se encuentran con la intimidad de antes... Tienen algo que ocultarse. El amor se enfangó y nació el pecado. Y andando el tiempo qué amargos ratos reservan esas faltas de respeto. La confianza del uno en el otro está perdida. La mujer sabe — y lo mismo dígase del marido respecto a la mujer — que no es amor sino codicia la pasión de su marido... No vive tranquila de su fidelidad. Teme a cada momento una triste sorpresa. La primera sombra en sus ojos es un indicio revelador y no puede menos de pensar; quien a mí me faltó antes, quien no fué caballero guardando mi debilidad... ¡quién no pudo sacrificarse por mí!... ahora que ya lejano el juramento, quizás borrado de la memoria el día sagrado... ¿ahora? ¿quién faltó por mí ni podrá faltar contra mí?... Y el raciocinio es lógico.

Si el hombre va únicamente tras la codicia, llega un momento en que ella no puede ser codiciada. Es madre, ha nevado en su cabeza, sus encantos de juventud los ha traspasado a los hijos en herencia... Pero si el hombre va tras el amor, ella es la única que debe continuar siendo amada, ella que ha dejado marchitar su belleza, sacrificar sus diversiones, perder su salud, agotar su vida por cuidar a su marido y darse toda a sus hijos.

Los hijos han de poder saberlo todo el día de mañana de labios de sus padres, cuando niños y también cuando mayores, cuando se dan cuenta por sí mismos de todo lo pasado... Que no tengan que avergonzarse de nada ante ellos. Que nada les haga perder la autoridad para exigir a los que llevan su nombre que lo lleven con dignidad, sino que por el contrario puedan siempre decirles “sed como nosotros”.

¡Qué hermosa resulta una paternidad trabajosamente preparada en este ambiente de respeto para realizar el plan divino de la creación! Feliz el padre que puede como Gabriel y Galán decir con sinceridad:

Quiero vivir y a Dios voy,
 y a Dios no se va muriendo,
 se va al oriente subiendo,
 por la breve vida de hoy;
 de luz y de sombra soy,
 y quiero darme a las dos;
 quiero dejar de mí en pos
 robusta y santa semilla,
 de esto que tengo de arcilla,
 de esto que tengo de Dios.

Para adquirir esa actitud de respeto que prohíba al individuo hasta la mínima acción incorrecta nada podrá suministrar argumentos tan poderosos como la religión. El gran pedagogo suizo Foerster dice: "Quien estudie con atención la patología de este peligro, hallará que la única defensa verdaderamente eficaz está en impedir que la tentación conquiste en nosotros el mundo de las imágenes. Pero sólo la religión penetra tan hondamente y por tantos caminos en toda el alma, y puede mantener tan pura la fantasía — que es el campo más expuesto al peligro — y educarla, de modo que la atención no halle por donde prender en el ánimo: El alma consagrada por la presencia de Dios adquiere un hábito de defensa inconsciente, comparable al movimiento reflejo que hacen los párpados para defender nuestros ojos del polvo de la calle".

En materia de afectividad desordenada la lucha consiste no en reforzar las imágenes, sino en apartarlas en echar cuanto antes sobre ellas el manto del olvido, a fin de que se vayan borrando de la fantasía. Hay por tanto que evitar el concurso del pensamiento en la cuestión; porque si la pasión consigue la complejidad de la inteligencia, inmediatamente crea en provecho propio un movimiento torrencial de ideas y sentimientos accesorios, que perturban aún las voluntades más firmes. Con razón ha dicho Payot que las grandes conquistas intelectuales se hacen pensando mucho en ellas; las grandes conquistas sobre la sensualidad se hacen no pensando nunca en ellas.

La perennidad del amor.

Una última idea que interviene en el verdadero concepto del amor que hay que inculcar a los jóvenes es la de la perennidad del amor. El primer amor debe ser el último, o, como decía Marquina: "Vivir de un único amor, morir de una sola herida". Tres cosas hay en el mundo que no se olvidan jamás — decía Fucini — la juventud, la madre, el primer amor.

Pero el primer no es la primera chispa; es el primer fuego. Como el pedernal, el corazón va sintiendo golpes, pero por más que dé chispas no prende por lo general al primer golpe. A los dieciocho años hay simpatía, ansia de gozo, pero difícilmente amor. A esa edad dice Aspiazu no se tiene el primer amor, quizás el primer amorío. Esos nacen todos los días...

Si el primer amor se falsea y se convierte en instrumento de egoísmo fácilmente los siguientes continuarán llevando la misma marca de fábrica: amoríos, que no nacen del alma.

Jugar con un corazón inocente es un acto criminal; cortar los frutos y abandonar luego la planta es un egoísmo propio de un malvado. Desviar el primer amor por otros que le parecen más llenos es equivocarse lamentablemente. Amar santamente para consagrar ese amor al pie del altar y serle fiel hasta la muerte, debe ser el bello ideal del joven cristiano. Ese amor le traerá la paz, sublimará su alma. Y rehace toda tentación contra él recordando que hay amores que comienzan gustando y acaban hiriendo, mordiendo y matando.

Fuerte como la muerte sólo será el amor preparado en la lucha y renuncia de los años de juventud. Sólo él permite realizar el ensueño que describe Aspiazu: "El tiempo corre en su desenfrenada carrera. Con él la vida huye también; y, poco a poco, a la primavera de los dos se sucede un verano de virilidad y un otoño de fortaleza y... un invierno... Como los cuerpos, las almas se robustecerán también; las alegrías vividas entre los dos, lo mismo que las lágrimas bebidas por ambos, habrán contribuido a hundir en el alma las raíces del mutuo cariño, que interesa cada vez más a los esposos y a los frutos del amor que son los hijos. El amor se torna más recio y más sufrido, más firme y más sacrificado; perdido el brillo encantador de los primeros días, se cubre de la pátina del tiempo, más fuertemente bella, aunque menos aparente. No es otro amor, pero es otra belleza y otro encanto. Se ha transformado y depurado por la vida común y por la cantidad de un juramento exquisitamente oculto en dos cofres que conservan intactos los sellos de la promesa y entero el lazo de la fidelidad. Así nace, como hiedra que abraza a la vida del cariño verdadero, una confianza fuerte, acrecentada a diario en el ajetreo del vivir, lejos los celos y temores, que mientras existen no sirven sino para dañar la vida y roer el más hermoso de sus frutos la seguridad del amor".

Benavente nos ofrece para terminar esta materia un pensamiento que reúne muy bien nuestra tesis:

"Los amores fáciles y alegres que sólo conocen la ilusión y el deseo, ven deshojarse todas sus flores en una breve primavera; pero para el amor de los esposos, para los amores

santos y fieles que saben esperar, son nuestras flores, flores tardías, las rosas de otoño; no son las flores del amor, son las flores del deber, cultivadas con lágrimas de resignación, con aroma del alma, con algo de eterno”.

“EL DIARIO ILUSTRADO”

Las mejores informaciones del país y del extranjero.
Su página de redacción no tiene competidor
en el país

Escuche nuestra Radio Estación, trae los mejores programas.

Exija a los suplementeros **“El Diario Ilustrado”**

Oficina de avisos y suscripciones: MONEDA 1158

EL PENSAMIENTO EN EL MUNDO

LA IGLESIA Y EL PROLETARIADO.

El Director del "Catholic World" (New York) Fr. Gillis trata en un interesante artículo de explicar la causa del alejamiento de los obreros de la Iglesia, precisamente en los llamados "países católicos". De él tomamos los siguientes acápites:

¿Por qué hemos perdido en algunos países las masas obreras? La causa más importante está en que todavía no nos hemos dado cuenta que la Iglesia debe tener especial predilección por los pobres, tanto hoy día como en los primitivos tiempos. "No a los sabios", dice San Pablo, "no a los poderosos, no a los aristócratas, sino a los desgraciados, a los débiles, a los humildes y despreciados ha elegido Dios". En una palabra, quiere decir esto, que nuestra principal ocupación debe ser el proletariado. ¿Es esta una palabra que suene mal? ¿Con desprecio? El Papa la usa una y otra vez en su Encíclica sobre la Cuestión Social que marca época.

Si perdemos el proletariado, si éste aprovecha la primera ocasión para levantarse contra nosotros, es porque hay algún defecto, tal vez no en ellos sino en nosotros. También el sistema capitalista tiene grandes fallas. Cuando titubeamos por miedo de perder la ayuda de los millonarios, cuando hacemos grandes venias a los ricos, cuando defendemos sus manejos injustos y buscamos su amistad, mientras nos apartamos de los pobres, somos entonces desertores de nuestra vocación. Los pobres ven estos hechos aunque no queramos. Tienen un instinto inequívoco respecto a estas materias. "Yo conozco los míos y los míos me conocen a mí", decía el más pobre de los pobres. Y El mismo dijo que Dios revelaba cosas a los pobres, y sencillos de corazón y las ocultaba a los sabios y letrados. Corrientemente oímos la disculpa de que no se puede uno ocupar de los pobres por temor de azuzar una clase contra la otra. A eso se puede responder que en ningún caso cometemos una injusticia contra los ricos si nos colocamos entre los pobres. Si algún rico se queja de que nos preocupamos de los pobres, es porque realmente no sabe de qué se trata. Nuestro miedo de suscitar la lucha de clases es ya algo patológico. Cristo no conocía tal miedo; decía: "Bienaventurados los pobres" y no titubeaba en agregar: "¡Ay de los ricos!" Lo acepten o no, lo amen o no, este es el legíti-

mo, auténtico y no falseado Evangelio. Cuando buscamos palabras equívocas para debilitar estas palabras que aterrorizan, cuando tratamos de aminorar la fuerza que tienen estas palabras y lo que Cristo dijo en su verdadero sentido, entonces los pobres, cuyo concepto de la amistad y enemistad es muy hondo, resultan más comprensivos que nosotros.

Cuando en un levantamiento o en una revolución se sueltan las amarras, prenden fuego a nuestros palacios, se roban nuestra riquezas, nos matan y nos echan en las ruinas ardientes.

Estos palacios no habrían sido construídos, ni estos tesoros de oro, plata y pedrerías amontonados si hubiésemos seguido fielmente las huellas del Pobre de Galilea o de su segundo Yo, el Pobre de Asís. **El Proletariado de la Umbría no habría muerto a San Francisco. Ellos sabían de qué partido era.** No condenemos a los pobres como locos peligrosos azuzados por el demonio. El pobre ya sabe bien con quién tiene que verse”.

Fr. Gillis termina con la siguiente petición:

“Hace poco se organizó en Nueva York un movimiento obrero llamado “The Catholic Worker”, con el fin de llevar la Iglesia a los barrios desamparados y de ganar almas para Cristo, que de otro modo se perderían con el comunismo. Era de esperar que los católicos dirían espontáneamente: ¡por fin se hace algo bueno! Pero sin embargo algunos de ellos no veían nada bueno en el movimiento ni en sus jefes, sino únicamente errores y decían: Ellos no piensan, son comunistas disfrazados, son anticlericales. Sí, pero como ellos era Savonarola. Y San Bernardo. Y Santa Catalina de Sena. Y San Alfonso. Así era cada santo. Si alguien quiere criticar, puede juzgar a todos los santos. También San Francisco de Asís no se escapó de ser criticado. La gente conservadora tropieza con todo lo que se aparta de lo común, así como Michol, la hija de Saúl, criticaba a Saúl cuando bailaba delante del Arca Santa. Así como cuando San Francisco al caminar por las calles y campos cantaba como un pájaro los sentimientos de su alma, algunos oyentes exagerados hacían esta observación: “Todo muy poético, pero bastante incomprendible”. Igualmente hoy día algunos observadores cómodos, dicen al ver una tentativa práctica de trabajo social: “Esto es muy heroico, ¿pero estará bien y no será muy peligroso?” El único camino peligroso para la Iglesia es el que la aleja de los sacrificios que impone la implacable civilización moderna. El único peligro está en buscar el apoyo de los ricos y poderosos. Sírvanos de ejemplo la Revolución Francesa y la Comuna de 1870, o algo más reciente todavía, Rusia de 1917. Y ahora, ha de ser España la que muestre lo que nos pasará si el proletariado sospecha que estamos de parte de reyes y plutócratas”.

HECHO DEL EXTRANJERO

EL JAPON MODERNO

Antes de dar un diseño del Japón Moderno, no estará mal ver el concepto que del mismo Japón se formaron los misioneros del Siglo XVI. Esto, además de iluminar el mismo cuadro en el que el alma del Japón se representa, nos dará idea de la penetración de espíritu de aquellos hombres, que tan inmensa importancia dieron al apostolado en este país.

Sea el primero de todos el gran apóstol del Japón. Veamos qué sentía de aquellos japoneses que constituían "sus delicias":

"Del Japón, por la experiencia que de la tierra tenemos, os hago saber lo que de él tenemos alcanzado. Primeramente la gente, que hasta ahora tenemos conversada, es la mejor hasta ahora descubierta, y me parece que entre gente infiel no se hallará otra que gane a los japoneses"...

"Una cosa os hago saber, para que déis muchas gracias a Dios Nuestro Señor: que esta isla del Japón está muy dispuesta para en ella acrecentarse mucho nuestra fe"...

"Espero en Dios Nuestro Señor que se ha de hacer mucho fruto en aquellas tierras; porque gente tan discreta y de tan buenos ingenios, deseosa de saber, obediente a razón y de otras buenas prendas, no puede ser sino que entre ella se haga mucho fruto"...

"Del Japón hay tanto que escribir, que sería nunca acabar... y con esto acabo sin poder acabar escribiendo de amigos tan grandes como son los cristianos del Japón"... (Monumenta Xaveriana t. I. p. 582, 696).

El P. Valignan, visitador especial, se atrevió a decir:

"Verdaderamente esta empresa del Japón es una de las más importantes para la Iglesia de Dios; porque es este un pueblo muy inteligente y capaz, bien diferente de todas las otras naciones que se están evangelizando"... (Cfr. Delplace: "Le Catholicisme au Japón" p. 206).

"Son corteses, inteligentes, cultos, pacientes, sufridos, valientes, moderados y limpios, tanto que en muchas cosas nos hacen ventaja. Tienen todos una lengua que es la mejor y más elegante y copiosa que se ha descubierto, porque es más abundante y expresa mejor los conceptos que la nuestra latina. Por donde se ve bien cuán grande sea el ingenio y entendimiento natural de los japoneses". (Mon. Xav. t. I. p. 99).

El P. Organtino escribía al P. Asistente de Portugal:

“Confieso con toda verdad que todos los días me instruyo tratando con los japoneses; y me parece que en todo el universo no hay nación tan dotada de dones naturales”. (Epist. Japón, 1565-1579).

Consecuencia de todo esto; lo que el P. Frees escribía al P. General:

“Aunque se sacrificasen cien mil vidas a la conversión de este pueblo, aun resultaría una gran conquista”. (De Rebus Japonicis... Muguntae 1669, p. 153).

El desarrollo del Japón en los tiempos actuales es buena prueba de lo acertados que estuvieron los que así le juzgaron en tiempos tan lejanos a los nuestros. Este mismo año, una revista de intelectuales belgas escribía a propósito de esta nación poderosa:

“Raza de magníficas condiciones en todos los órdenes: en su aspecto técnico, organizador y económico, que en menos de cincuenta años se ha asimilado toda una civilización. Pueblo disciplinado, resistente, tenaz, tranquilo y reflexivo. Orgulloso sin vanidad, hábil sin astucia, firme sin transigencia”. (“La Cite Chretienne”, Bruselas).

Efectivamente, basta una ligera mirada al Japón de nuestros días, para convencerse de que va a la cabeza de la civilización.

El Japón Internacional.—Desde que los cañones yankees lo obligaron en 1853 a salir de su sueño secular, el Japón no ha parado en sus conquistas: en 1894 vence a China y se anexiona Formosa; en 1905 su asombroso triunfo sobre el coloso de Rusia, hace que se eleve de golpe a la categoría de primera potencia; en 1910 se anexiona Corsá; durante la Guerra Europea obliga a China a un tratado humillante, contra el que nada le vale al Celeste Imperio su reclamación en Versalles; por el mismo tiempo despoja de Kiautchu a los alemanes, y poco después obtiene en mandato de la Sociedad de las Naciones las islas Carolinas, Marianas, Plaos y Marshall; finalmente ahora ante los afilados dientes de las grandes potencias de los Estados Unidos, Inglaterra y sobre todo Rusia, establece inopinadamente sus dominios en Manchuria. Sus rivales protestan ante la Sociedad de Naciones, se dispone esta a fallar en contra del Japón, pero el que venía hasta ese momento ocupando su presidencia, la abandona olímpicamente y se sale de la Sociedad.

Los políticos imparciales no pueden menos que reconocer sus derechos de expansión, ya que de los trescientos ochenta y dos mil kilómetros cuadrados de extensión que ocupa su suelo, únicamente un 15% es arable, incapaz por tanto de sustentar los 65 millones de japoneses que, además van aumentando con la proporción de un millón por año.

Los mismos Estados Unidos, que en 1854 forzaron al Japón a que abriese sus puertas, son los que hoy le cierran las suyas, intimidados por la fuerte inmigración japonesa, pues de los dos mil japoneses que hace 40 años había en su territorio, llegaron a 141 mil en 1930. Con todo, siguen en aumento continuo por las islas Hawai, Carolinas, Filipinas y demás costas del Pacífico, de igual modo que por toda la América del Sur, excepto Chile. Solamente en el Brasil hay más de 200.000 japoneses.

Japón Industrial.—El desarrollo de la industria japonesa durante estos 50 años es verdaderamente asombroso, 16.150.000 son sus obreros, y su aumento anual se ha acercado a un millón. Las fábricas, que en 1884 eran solamente 767 llegaban diez años más tarde a 5.985, y en 1929 eran 30.566. Los ferrocarriles pasaban de 8.600 km., en 1910, a 22.000 km., en 1931, de los que más de 3.000 están ya electrificados.

La principal industria es la textil. El Japón produce el 66% de la seda natural del mundo. Hace 50 años colocó el primer huso para la industria algodonera, y hoy tiene ya cerca de 8.000.000. Finalmente, aunque todavía sea mucho el hierro, carbón y cobre que tiene que importar, su metalurgia se ha desarrollado en gran escala, tanto la que necesita para sus ferrocarriles, flota, ejército, neto, como para la gran maquinaria que sirve de base a las industrias modernas.

Japón Comercial.—Su expansión comercial es también cada día más extensa. Su exportación principal es la de productos manufacturados, especialmente tejidos, caucho, celuloide, porcelana y pequeña maquinaria moderna. Ya su famoso "dumping" está haciendo la alarma de todo el mercado europeo y aun americano. Magníficos tejidos de algodón japonés se venden en Casablanca a 1,27 frs. el metro, mientras que las casas francesas no lo pueden poner a menos de 4,75. Los pañuelos de seda artificial que los franceses venden a 60 frs. la docena, precio de fábrica, los japoneses pueden venderlo en el comercio a 30 francos. De la misma manera pueden llegar a poner a la venta zapatos de perfecta hechura al precio irrisorio de 30 francos la docena, camisa de 40 francos la docena, y así en todos los demás artículos. La extrema baratura de sus productos, su confección acabada y admirable organización del comercio, le aseguran en cualquier mercado de entrada libre un triunfo rotundo.

Ejército y Armada.—La Armada y el Ejército constituyen para el Japón su gran orgullo nacional y son la causa verdadera de que le respeten las demás potencias. Tiene en tiempo de paz 259.000 hombres, con una reserva capaz de elevarlos a 6.000.000 en tiempo de guerra. Sus Escuelas y Universidades, industrias, transportes y policía, todo está militarizado. Treinta fábricas del Estado se emplean exclusivamente

en fabricar municiones. Poco hace acaba de abrirse en Hiroshima una fábrica de química militar con 3.000 obreros.

Su aviación en 1933 contaba ya con 1.200 aparatos. Su Marina está por algunos considerada como técnicamente la mejor del mundo; y aunque por el acuerdo de Wáshington fué limitada a la proporción de 3; 5; 5, respecto de la de Inglaterra y Estados Unidos, el Japón reclama y está preparando la igualdad absoluta.

Enseñanza.—En la enseñanza del Japón recibe el secreto de tan fuerte empuje, como en lo que llevamos dicho se manifiesta. Sigue en sus súbditos aquel afán extraordinario por la cultura y aquel esmerado cuidado de las Universidades y las escuelas de que ya nos hablaron Javier y Valignan. A este propósito tiene el último un pasaje pintoresco:

“Son de natural tan vivos e ingeniosos, y tan recogidos y estudiosos, que es cosa de espanto. Porque los niños, como si fueran hombres, están tres y cuatro horas estudiando, y esto sin moverse de su puesto”. (“Sumario de las cosas del Japón”, cap. 17).

Hoy Japón tiene más Universidades que ningún otro país. Solamente Tokio posee más de 20 Universidades con unos 45.000 alumnos. (“Japón Times Year-Book”; Tokio, Universidad Imperial 8.000; La Kele University 5.000; Waseda 5.000; Meiji 4.050; Chuo 3.300; Hosei 1.500; Nihon 2.800. Más cinco de Medicina con 5.563 y otras siete con menos de mil cada una). La principal de todas, la Universidad Imperial, cuenta con 8.000. La proporción en Francia es de 8 universitarios por cada 10.000 habitantes; en Bélgica de 10, en el Japón de 15. En las escuelas primarias tienen 10.000.000 de alumnos, 70.000 en las de enseñanza y 1.000.000 en las escuelas técnicas preparatorias. (“The Statesman’s Year-Book”, 1934, p. 1096).

Prensa.—Es un hecho, altamente significativo el que Valignan, para responder a aquel afán, llevase de Occidente las mejores máquinas impresoras, y que allá por los años 1592 a 1598 se editaron numerosos libros en japonés, latín y portugués. Pero el ansia de leer todavía ha ido en aumento, y hoy el Japón es el pueblo que menor número de analfabetos tiene.

A su afán de lectura responde el desarrollo de su prensa: en 1878 apareció el primer periódico; cuatro años después eran ya cien; y hoy son ya más de mil los diarios y tres mil las revistas. Solamente Tokio cuenta en número de cuatrocientas editoriales que sacan más de 700 revistas. La editorial “Dai-Nipón Yevenkai” publica 9 con una tirada de 15.000.000 de ejemplares; 80.000 operarios trabajan en ellas y 200 vagones de impresos salen cada mes de sus máquinas.

Los dos mayores diarios del Japón son en la actualidad el “Ashai” y el “Mainiki”. En sus dos ediciones diarias, una en Osaka y otra en Tokio, tiran dos millones de ejemplares, que

se reparten por escuadrillas de aviones por todo el Imperio. El Japón es un pueblo de lectores. Lo mismo los que viajan en tren (son 1.200.000 al año) como los que viajan en tranvías o autos, es lo ordinario ver como aprovechan su trayecto embebidos en la lectura. Solamente en el año 1928 se editaron en el Japón 18.000 libros, y la suma de los que importan del extranjero cada año, sube a 1.000.000 de dólares.

Poned frente a esa vista panorámica del Japón actual, el cuadro que en la mente de San Francisco Javier y de los primeros misioneros se dibujó a la vista del Japón de hace siglos: ¿Nos atreveremos a decir que era un cuadro demasiado risueño? Enfocad sobre esa vista la luz que aquellos apóstoles señalaban ver naciendo, como un sol grande, del cuadro en su mente dibujado: ¿Podremos decir que exageraban en sus peticiones de más y más misioneros, de más y más oraciones que dieran fuerza a la luz para que, dominando el Imperio del Sol Naciente, se formara en todo su esplendor el cuadro? ¡Oh, no! Ni se equivocaban ni exageraban. Hoy se confirmarían en su idea y aún serían más fuertes sus instancias. Porque si ese pueblo ha logrado en lo natural el desarrollo pleno de la fuerza que nuestros misioneros en él preveían, si es al parecer de los más pujantes de la tierra, una sombra densa envuelve lo que a los ojos del cuerpo parece resplandor, y le hace que sea de los pueblos más desgraciados, porque aún está muy lejos de tener al que es única fuente de dicha verdadera.

**DEPARTAMENTO DE PROPAGANDA
DEL DIARIO "EL IMPARCIAL"**

Atiende al público en su oficina, Huérfanos 1250,
Teléfono 61563, de 9 a 12 1/2 y de 12 1/2 a 7 1/2.

Gustavo García Díaz

Agente general Exclusivo, Jefe Dpto. Propaganda.

DE LA ACTUALIDAD

MENSUAL

SALUDO A MARQUINA. Con ocasión de la repartición de premios del Seminario Pontificio de Santiago el eminente poeta don Eduardo Marquina, de paso entre nosotros, tuvo la delicadeza de asociarse al acto académico y declamar en él mismo un selecto conjunto de sus producciones. En tal oportunidad dió la bienvenida al ilustre vate el Profesor del Seminario Pbro. Don Carlos Hamilton, en los siguientes términos:

“Los premios, para alumnos de un Seminario, más que premios son lecciones. Para el que siembra, no es premio el agua del calabazo fresco; para el que se atarea en los surcos, no hay más premio que la cosecha copiosa, que dora, y tuesta casi, un sol magnánimo. Para quien siembra letras y santidad en un surco que habrá de alimentar más tarde a todas las aves del cielo, no hay otro premio de verdad que el haz de santas espigas que han de transubstanciar sobre el ara, vuestras manos, en Pan de cielo.

Los premios de cada año escolástico, son una lección. Aprendéis de los mejores, a ser diligentes; y recibís de vuestros maestros una palabra sincera, — agua fresca, — que estimula y da alientos, junto con brindar un consejo de cariño con ciencia y experiencia.

Hoy os dará esta lección no alguno de vuestros profesores de todos los días. Tenéis hoy, de premio, la lección de un maestro, el creador del teatro poético español y el más grande de los poetas modernos de habla castellana.

Especialmente quiero que mis alumnos de Retórica y Poética atiendan a la lección objetiva que van a recibir y que viene a confirmar hermosamente lo que con palabras desmañadas me han escuchado tantas veces repetir.

Y es ésta la lección: sobran, y especialmente en estas tierras de Arauco... no domado por el arte bello, los “intelectuales” de profesión; mediocres de talento, quienes para alzar talla de genios, abominan de Dios y del Reino de Cristo y se avergüenzan de una Fe que ignoran, imaginando acaso llenar, con un “modernísimo” escepticismo atrasado en cien años, su vaciedad de ideal y de buen gusto. Y para renegar de la fe, reniegan de toda una historia embellecida de heroica nobleza; y vienen a ser como parias del espíritu y de la raza. No os he enseñado a despreciarles; porque eso no es cristiano. Pero os he hablado de compasión. Y, más todavía, del deber de señalarles el arte verdadero, la belleza subida, al amparo de la Infinita Belleza y a la luz divinizadora de la Fe cristiana.

Y es ese el ejemplo de la canción y del cantar de gesta y de la vida entera, de Don Eduardo Marquina: poeta, cristiano, español.

Ha venido a réposar de dolores en el regazo abrigado de una hija predilecta de la Madre España. Pero, como poeta y español, es conquistador y apóstol; y va evangelizando, a su paso por tierras de América, con buenas nuevas de bellezās y de bien. Su palabra será hoy el premio, que estimule a dar gracias a Dios por el genio de sus hijos; a bendecir los pies de los que anuncian la belleza pura y el bien sincero; y aprender la lección del caballero cristiano, que vive para dar gloria a Dios y paz a los hombres, en la hermosura sencilla de su verso casto.

La canción de Marquina es el suspiro de España, que reza a Dios en romance cálido y hondo, mientras rasga el dolor su entraña por dar nueva vida a mundos nuevos y viejos. Nuestro ilustre huésped y maestro, no es sólo el cantor de osadas aventuras del "señor Capitán de los tercios de España", bajo el fosco cieio alemán"; y de la magnánima debilidad postrera de Doña Maria la Brava; y la rudeza fuerte de las Hijas del Cid; y el caballeresco amor del Gran Capitán. No es sólo el buen cantor de las "lenguas y siglos que han de andar juntos Castilla y Teresa de Jesús"; el que ha pisado todos los polvos de la estepa "en mañana de Agosto, con ligero andar"; y ha entrado delicadamente en el dolor y la ternura de Deseada y Aissa, nombre susurrado por la selva que abandonó el príncipe y a donde no vino el rey sino el desvío suyo; el hábil pintor espiritual que ha sorprendido la ingenua sublimidad de Fray Can y atormenta el alma de Doña Beatriz de Espina con la mirada leal y la ironía caritativa y donairoso de la Santa Castellana; y el que ha atisbado los matices inefables de los corazones, "cuando florecen los rosales". . .

El verso de Marquina es un corazón bien nacido que entiende de almas y sabe lo divino del cantar; y en cada palabra, como por arte de encantamiento, ilumina las pupilas y hace vibrar los sentimientos, dentro de la riquísima variedad del ritmo y las ficciones, con el mismo cuadro vivo; lo humano y lo cristiano en un paisaje español.

Quisiera... ¿Cómo escoger donde hay tanto que saborear? Dos toques para terminar con la impaciencia con que justamente le aguardáis. Dos pinceladas de luz humana y religiosa sobre el telón de Castilla.

De "La Ermita, la Fuente y el Río". Deseada, pronta a escuchar los consejos del tío cura, que adivina su alma. El sacerdote está junto al ciprés.

Sobre las gradas de la ermita han quedado unos candelabros bruñidos, para la fiesta. Se han esparcido, lejos, por el campo, las alegrías de los muchachos.

D. Anselmo, a la niña toda inquietud, dice la parábola serena y recia de la vida cristiana:

"...A ti...

no te costará acercarte,
muchacha; y yo, para hablarte,
prefiero que sea aquí.
Ya, a mi edad, nadie me quita
de sentarme, como ves,
a la sombra del ciprés,
en el atrio de la ermita:
tal vez porque estoy tan viejo
que ensayo mi sepultura,
o tal vez por el consejo

que el buen ciprés me procura.
 Sí; cada vez que suspiro
 desmayando en mi doctrina,
 lo miro, y él me encamina
 los ojos, cuando lo miro;
 que al pie de su verde escala,
 no he menester otro credo:
 me basta con ese dedo
 y el hito que me señala.
 Casi humano en la postura,
 firme en su planta y robusto,
 se apoya en tierra, lo justo
 para lanzarse a la altura;
 y a su destino es tan fiel,
 tan bien conoce la senda,
 que no hay una rama en él
 que, empujándole, no ascienda.
 Depuración de una vida
 que es toda ansiedad y anhelo,
 sed de crecer, convertida
 en sed de espacio y de cielo,
 se obstina, insiste, y triunfal,
 recorta en el aire, pura,
 su férvida arquitectura
 de aguja de catedral.
 Aguja viva, en combate
 consigo misma, afinada,
 que no es fe petrificada
 sino devoción que late...
 Brota de arcillas groseras,
 hierve la savia en sus frondas,
 se cuentan las primaveras
 en su relieve, por ondas
 de profusión vegetal;
 la luz lo empapa, lo anega,
 pero él, recio, se despega
 de su engarce terrenal
 y austero y noble, en su brío,
 verde, undoso, se le ve
 romper el aire vacío
 con la majestad de un río
 que se pusiera de pie!

—Acércate, Deseada;
 ya no para oírme a mí;
 para que él te hable: y aquí
 si dudas, si estás turbada
 de interior desasosiego,
 si el rojo, en tus labios, es
 más que de sangre, de fuego,
 sígueme el vuelo al ciprés!".

Otra joya. Y esta de la última obra, y predilecta, del poeta; "Teresa de Jesús". Pinta él la escena: "Una cruz de piedra en un cruce de caminos. Radiante mañana. Cielo andaluz, Cal. Dardos de sol. Casas de Veas, a lo lejos. Peldaños al pie de la cruz. Algunas piedras". Pregunta el Padre Gracián.

“Teresa de Jesús... dígame,
Fray Juan de la Cruz, cómo es?”...

Y el dramaturgo lírico hace hablar a S. Juan de la Cruz en la misma habla suave y tan española de su mística estrofa:

“Si un día la perdiera
y por el mundo, errante, la buscara,
no sé en qué lengua hubiera
palabras justas, para
decir cómo es de espíritu y de cara.
Buscándola, no había
de llamar a las puertas señoriales;
por las sendas iría
que enmarañan zarzales,
diría a los pastores y zagales:
“De la tez es trigueña;
su frente, luna clara en los sembrados;
trae como lugareña
de sus labios colgados
los refranes del pueblo y sus dictados.
Pasó, desconocida
del próspero y feliz; los sinsabores
de los dolientes cuida;
y deja en los alcores,
con palabras de sol, rastro de flores.
¿La han visto?... De Ella aprende
claridad y despejo la mañana;
con voz tranquila enciende,
con fiebre de amor sana,
¡respira paz de aldea castellana!...”.

Señor: Bienvenido en esta sementera de predicadores futuros de la Paz verdadera. Enseñadles a decir bien lo bueno y a predicar hermosamente la Hermosura de Dios que es menester dejar en las almas. Y que Dios os lo pague!...

Y ahora; es mejor que escuchen en vuestros labios el alma honda de España. Y dejadme mezclar, a los vuestros, tímidos versos de discípulo:

Vos, que pedís “al destino
más que derechos, deberes”, (1)
con España de camino,
traéis “sus pueblos, cobijos,
con sus parcos menesteres;
y la, fe de sus mujeres
y el noble amor de sus hijos;”
Vos, que “aunque el odio y la saña
del nublado que la empaña,
maten hoy su resplandor,
sólo para hacerla honor
tomáis en el labio a España...”,
dadnos la canción sencilla,
que de puro limpia brilla,
y el hondo verso que ama

(1) De la “Salutación a Chile”, 1936.

con la claridad y llama
del corazón de Castilla.
Canto que sabe acunar,
por brotar de lo interior;
y tiene el suave calor
de unos tizones de hogar...
Y al alzar la voz sonora
para decirnos su afán,
sentirán los corazones
la voz conocida
del "señor capitán":

"Nunca traiciones
hizo esta espada, pero está partida;
con ella rota, rota va mi vida;
¡disponga el cielo de mi suerte ahora!
¡España y yo somos así, señores!"

EL EPISCOPADO NACIONAL Y EL SALARIO OBRERO

Movido por la situación deprimente de nuestro pueblo, el Episcopado chileno lanza a los católicos de Chile un llamado enérgico y urgente, cuyos pasajes más importantes damos a continuación:

"Por justicia estricta que, cuando es violada, obliga a la restitución, el salario lo debe pagar el patrón o empresario, al menos en la parte equivalente al servicio prestado por el obrero: "Entre los principales deberes de los patronos, el principal es dar a cada uno lo que es justo", dice S. S. León XIII (R. N. 33).

A él también le toca, cuando le es posible, dar el salario suficiente para la familia: pero si alguna vez no le fuera posible, a la sociedad le tocará proveer, porque, al menos es obra de justicia social; pues el obrero, con su trabajo, no sólo beneficia al patrón, sino también a la sociedad y ésta tiene sumo interés en la familia del obrero, que la provee y proveerá de labradores de sus riquezas y bienestar por lo cual, no sólo es egoísmo perjudicial a los mismos que lo practican y a la sociedad, sino también injusto el abandono, desinterés o aun aversión con que se mira al obrero con familia.

Nos complace manifestar que hay entre nosotros patronos en la agricultura, la industria y el comercio, que cumplen los deberes dichos de justicia y de caridad para con sus empleados u obreros, como lo prueba el hecho de que éstos, cuando usan con sobriedad y prudencia su salario, llegan a adquirir cierta fortuna que les permite tener una situación independiente o hacerse también dueños de propiedades o empresarios. Y muchos más conseguirían lo mismo, si, por desgracia, no malgastaran el dinero en la embriaguez, en el juego o en otros vicios: A esos patronos y empresarios el Episcopado Nacional les presenta sus congratulaciones y los exhorta a continuar con toda caridad e interés por sus cooperadores, haciéndoles cada día más llevadera y feliz su existencia.

Sin embargo, con profundo dolor hemos de confesar que hay también patronos y empresarios que no pagan con justicia a sus trabajadores, que a veces no les dan ni siquiera el salario mínimo, siendo, por lo tanto, la causa de que reine en los hogares de aquellos mismos que les ayudan a enriquecerse una perpetua miseria, que se transmite de padres a hijos como una fatal heren-

cia, y dejando a la caridad, que no puede remediar tan grandes males, lo que debiera ser simplemente la obra de la justicia.

Y esa abominable injusticia hace sus víctimas no sólo en los campos, sino en las ciudades, principalmente entre las mujeres y jóvenes, que, en la costura, el lavado o los quehaceres domésticos, llegan a perder la salud y la vida, trabajando en el día y durante largas horas de la noche para ganar el mezquino salario con que han de prolongar su angustiada vida.

Fruto de ese inhumano proceder y de la falta de medidas sociales capaces de hacer frente a las difíciles circunstancias en que, por causas comunes a todos los países y propias del nuestro se ha debatido en los últimos años la vida económica de nuestra Patria, es esa cantidad de gente de trabajo, que, o carece de él, o sólo lo tiene por temporadas, y muchas veces mal remunerado; fruto de las mismas causas es esa muchedumbre de toda clase, que, cubierta de harapos, solicita una ayuda para mantener y vestir a sus hijitos, que crecen pálidos y macilentos, como tempranas víctimas de la tuberculosis o de otras enfermedades; al mismo tiempo que otros, tal vez sin tanto esfuerzo, disponen de dinero para el lujo, las diversiones costosas y ostentaciones, a veces escandalosas, confirmándose así entre nosotros lo que como una de las causas de la guerra social señalaba León XIII, "el haberse acumulado las riquezas en unos pocos y empobrecido la multitud", y que con tanto énfasis ha repetido S. S. Pío XI, diciendo que "la multitud enorme de proletarios, por una parte, y los ingentes recursos de unos cuantos ricos, por otra, son argumento perentorio de que las riquezas... están mal repartidas e injustamente aplicadas a las distintas clases". (R. N. 2 y Q. A. 60).

La Iglesia cumple la parte que le toca, enseñando, como lo han hecho sus Jefes Supremos y en pos de ellos los Obispos, los mutuos derechos y deberes de patrones y obreros y las exigencias de la justicia estricta, que obliga a la reparación, cuando es violada, las de la justicia social, sin la cual sería imposible la armonía de los intereses y bienes que deben producir el bienestar de todos, y finalmente, los deberes de la caridad social sin la cual no se cumplirán bien las exigencias de la justicia; sin dejar de recordar también a unos y a otros que el destino y la felicidad suprema de los hombres no está en estos bienes pasajeros de la tierra, sino en los eternos de la otra vida, y que, por sobre todas las voluntades humanas está la del Creador y Supremo Legislador de los hombres, ante Quien rendiremos cuenta de nuestras acciones.

No necesitamos, amados hijos, recordaros cuánto ha hecho en todos los siglos y hace aun la Santa Iglesia, en favor de los pobres, de los niños, especialmente de los huérfanos, de los ancianos y desvalidos o enfermos, supliendo con sus instituciones de caridad lo que tal vez ha faltado a la justicia humana, privada o social, y proporcionando a todos los recursos y consuelos espirituales, en que han de encontrar el alivio prometido por el Divino Redentor a los que acuden a El llevando la carga del trabajo y del dolor.

Nos es muy grato reconocer justicieramente la ayuda eficaz que a la Jerarquía han prestado en esta labor sacerdotes llenos de ciencia, de celo y de caridad social, de uno y otro clero, providenciales Instituciones como la Universidad Católica y los Seminarios, y abnegados seglares, especialmente los organizados en la Acción Católica.

A la Iglesia corresponde, pues, en primer lugar, enseñar los principios religiosos y morales a que se ha de ajustar la actividad social pública y privada, de los patronos y de los obreros, y, en seguida, juzgar si esas actividades, instituciones o leyes, son o no conformes a los principios que enseña

Por lo que toca a la **intervención del Estado**, según las enseñanzas Pontificias, fundadas en la recta razón y en la fe, debe tener por fin y medida el **bien común**, objeto propio de la Autoridad Civil. Esta, por tanto, no ha de hacerse cargo de lo que con más diligencia y menos gravámen de los ciudadanos pueden realizar los individuos u organismos inferiores.

Ahora bien, es parte tan esencial de ese bien común el bienestar de los obreros y con él la paz, el orden y el bienestar de todo el cuerpo social, que los Sumos Pontífices declaran repetidas veces que a la **Autoridad Civil le toca cuidar especialmente de los pobres, de que tengan el justo salario y de que se establezca un régimen social** en que se les asegure una justa participación en las riquezas que contribuyen a producir. Así, León XIII, después de afirmar que "con grandísima verdad se puede decir que no de otra cosa sino del trabajo de los obreros salen las riquezas de los Estados, agrega: "Exige, pues, la equidad que la autoridad pública tenga cuidado del proletariado haciendo que le toque algo de lo que él aporte a la utilidad común, que con casa en que morar, vestido con que cubrirse y protección con que defenderse de quien atente a su bien, pueda con menos dificultad soportar la vida... Importa muchísimo al Estado que no sean de todo punto desgraciados aquellos de quienes provienen esos bienes de que el Estado tanto necesita".

Después de declarar el deber del Estado de proteger a la comunidad y a los individuos que la forman, continúa el sabio Pontífice: "Si, pues, se hubiera hecho o amenazare hacerse algún daño al bien de la comunidad o al de alguna de las clases sociales y si el tal daño no pudiera de otro modo remediarse o evitarse, menester es que le salga al encuentro la autoridad pública". (R. N. 55). "Deben, continúa León XIII, guardarse religiosamente los derechos de todos, en quien quiera que los tenga; y debe la **autoridad pública** proveer que a cada uno se guarde lo suyo, evitando y castigando toda violación de la justicia. Aunque en la protección de los derechos de los particulares débense tener en cuenta principalmente los de la clase infima y pobre; porque la clase de los ricos, como que se puede defender con sus propios recursos, necesita menos del amparo de la pública autoridad; el pobre pueblo, como que carece de medios propios con qué defenderse, tiene que apoyarse grandemente en el patrocinio del Estado. Por esto, a los jornaleros, que forman parte de la multitud indigente, debe con singular cuidado y providencia, cobijar el Estado". (R. N. 57).

Estas enseñanzas las hace suyas, aun citando las mismas palabras de su ilustre Predecesor, el actual Pontífice Pío XI (Q. A. 25), y agrega estas palabras que nos hacen comprender mejor el pensamiento de la Iglesia: "Ciertamente no hemos de negar que algunos de los gobernantes, aun antes de la Encíclica de León XIII, hayan provisto a las más urgentes necesidades de los obreros y reprimido las más atroces injusticias que se cometían contra ellos. Pero resonó la voz Apostólica desde la Cátedra de Pedro en el mundo entero y entonces, finalmente, los gobernantes más conscientes del deber se prepararon a promover una más activa política social".

“En realidad, continúa S. S. Pío XI, la Encíclica *Rerum Novarum*, mientras vacilaban los principios liberales, que hacía tiempo impedían toda obra eficaz de gobierno, obligó a los pueblos mismos a favorecer con más verdad y más intensidad la política social, animó a algunos excelentes católicos a colaborar útilmente en esta materia con los gobernantes; siendo frecuentemente ellos los promotores más ilustres de esa nueva política en los parlamentos. Más aún, sacerdotes de la Iglesia, empapados totalmente en la doctrina de León XIII, fueron quienes en no pocos casos propusieron al voto de los diputados las mismas leyes sociales recientemente promulgadas y quienes decididamente exigieron y promovieron su cumplimiento”. (Q. A. 27).

En seguida, S. S. Pío XI reconoce como fruto de ese trabajo esa “nueva legislación, desconocida en los tiempos precedentes, que asegura los sagrados derechos de los obreros, nacidos de su dignidad de hombres y de cristianos. Estas leyes, dice han tomado a su cargo la protección de los obreros, especialmente de las mujeres y de los niños: su alma, salud, fuerzas, familia, casa, oficinas, salarios, accidentes de trabajo, en fin, todo lo que pertenece a la vida de los asalariados”. (Q. A. 28).

Por consiguiente, es no sólo derecho, sino DEBER del Estado proveer con prudente legislación que al obrero se le garantice una justa retribución para satisfacer sus necesidades individuales y familiares, espirituales y temporales.

A los patrones les toca penetrarse bien de las enseñanzas de la Iglesia y esforzarse en cumplir para con sus obreros o empleados, en cuanto les sea posible, además de los deberes de estricta justicia, los de justicia y caridad sociales. Y si alguna vez no pudieren pagarles el justo salario, vean, como lo ha dicho S. S. Pío XI, “si puede continuar la empresa o si hay que atender a los obreros en alguna otra forma. En este caso, verdaderamente gravísimo, conviene que exista una unión amigable y concordia cristianas entre obreros y directores y que ésta sea verdaderamente eficaz. (Q. A. 74).

Los obreros, por su parte, procuren emplear bien su dinero, en satisfacer las necesidades de la familia y propias, según su condición, empeñándose, al mismo tiempo, en hacer que les permitan mirar con tranquilidad su porvenir y el de sus hijos.

También los obreros han de estar penetrados de espíritu de justicia y de caridad, cumpliendo bien, a conciencia, sus contratos y considerando en sus exigencias las posibilidades razonables y justas con que se les podrá atender, sobre todo cuando, como a tantos sucede en los tiempos de crisis, se paraliza el comercio y se perturban o paralizan también las industrias y a los empresarios amenaza la ruina, con la cesantía consiguiente para los mismos obreros y empleados”.

NOTA**BIBLIOGRAFICA****REVISTAS**

“UNIVERSIDAD”.—Revista de cultura y vida universitaria. —
Zaragoza, Julio-Agosto-Septiembre de 1936; N.º 3.

Resulta increíble que en medio de la cruenta lucha que hoy divide a los habitantes de la Madre Patria tengan todavía los intelectuales un momento de paz para solazarse en sus espirituales expansiones. Y sin embargo, el reciente volumen que acaba de llegarnos de la Universidad de Zaragoza, nos prueba que las inteligencias y las plumas no han descansado en España ni se han abatido ante el violento trepidar de los cañones y el ruido sordo de la metralla.

Trabajos históricos, jurídicos, médicos y matemáticos trae este volumen aparecido en tan ensangrentada hora. Entre esos estudios merecen notarse uno del Cronista de Huesca Don Ricardo del Arco, sobre “El municipio oscense de antaño”, en que trae a la memoria curiosos pormenores acerca de las costumbres, vida social y política, e historia jurídica del pueblo aragonés; y otro del Catedrático de Santiago de Compostela Don Luis Legaz acerca del pensamiento filosófico-jurídico de Stammler con ocasión de su octogésimo aniversario.

Pero lo que nos parece más digno de señalarse en este volumen selecto con que nos brinda la Universidad Zaragozana es la iniciación de un notable estudio del catedrático Don Miguel Sancho Izquierdo acerca de “El trabajo y su retribución en una concepción cristiana del mismo”; en el que, fundado en opiniones irredargüibles y en sólidos fundamentos filosóficos analiza el concepto del trabajo, sus clases, el derecho y el deber del trabajo.

“AMERICA”, Diciembre 12 de 1936. New York.

En esta notable publicación de los jesuitas norte-americanos encontramos un artículo titulado: “Razones de la deserción de la barca de Pedro, por Thomas F. Coakley, donde se lee lo siguiente, acerca de la crisis porque atraviesa el Catolicismo en los Estados Unidos:

Hay catorce averías por las que hace agua la barca y que deben remediarse:

1.—Según las estadísticas de las Clínicas de Birth Control, hay un buen número de clientes católicos

2.—El gran número de matrimonios jóvenes, muchos de ellos obreros o cesantes, que no pueden alimentar y educar hijos.

3.—El suicidio en EE. UU. de la raza irlandesa católica.

4.—Cesación de la inmigración de familias católicas a los EE. UU.

5.—El gran número de católicos que viven en departamentos y pensiones, con imposibilidad de vida de hogar.

6.—La movilidad de los habitantes que cambian incesantemente de parroquia.

7.—El que sea muy secundario el punto religioso para escoger a los futuros esposos: la razón biológica es primaria: abundan los matrimonios mixtos e inválidos. Matrimonios a prueba, con esperanzas de un eventual decreto de nulidad.

8.—Nuestra debilísima defensa contra el ambiente pagano que se infiltra por la prensa, la radió, los cines, los teatros, salones de baile, clubs con el resultado de la pérdida de la influencia de la moral católica en la sociedad.

9.—Cada párroco está convencido de que cada año pierde más fieles de los que puede alcanzar a convertir del protestantismo.

10.—Muchos no van a Misa los Domingos, o porque trabajan o porque no quieren ir. Muchos pobres no van por andar mal vestidos y temer que se les mire en menos o se les haga sentir que ensucian el templo. Ya no se piensa que lo primero es Dios en la vida humana.

11.—Causa de lo anterior es también y sobre todo, la inconciencia con que se suelen cumplir los actos de culto. No saben qué es la Misa y no toman parte activa en los Sagrados Misterios.

12.—La creciente tendencia de la crítica entre los laicos de las predicaciones, a veces porque la doctrina moral y social del Evangelio incomoda. Otras, porque la homilía no está preparada y no se da en ella enseñanza sólida, ni se cuida muchas veces que la verdad se enseñe a los fieles en forma agradable y atrayente.

13.—La crisis del ideal cristiano, especialmente de la familia. Ansias de placer y libertad; anarquía que justifica todos los vicios.

14.—El mal estado de la mayor parte de nuestras escuelas parroquiales. Casi no se puede decir que no hay colegios católicos de verdad en esta ciudad (Nueva York ¡donde son mejores que los nuestros!). Hay demasiada preocupación por los programas oficiales, con desmedro de la educación sólida integralmente cristiana. “Devuélvannos nuestros colegios católicos y el hogar cristiano, y habrá disminuido, si no cesado, la deserción lamentable de la Barca Santa de Pedro”.

En el mismo número trae “América” otro artículo de interés titulado: “Defensa contra el comunismo”.

De él tomamos el siguiente extracto:

“Es tanta la violencia con que se quiere atacar al comunismo, que en medio de la polvareda no se sabe qué se ataca ni cómo se puede uno defender de él. Algunos creían hasta hace poco que el Comunismo no era una amenaza. Ahora ven la amenaza demasiado inminente, y los mismos que antes detenían toda medida de defensa hoy empujan a una violencia que no remedia ni defiende nada.

“Unos no hablan más que de la inminencia de la revolución y emplean en ello todo su tiempo. Otros no piensan más que en una represión enérgica del Marxismo, causante de todos los males del universo. Otros desarrollan incansable e invariablemente estos tres temas: 1.—Que Rusia está en peores condiciones debido al Bolchevismo. 2.—Que el Comunismo es producto extranjero y que lo forman y propagan agitadores extranjeros. 3.—Que basta, por eso mismo, con exaltar el patriotismo y hacer flamear una enorme bandera yankee para espantarlo.

“Es claro que hay posibilidad de revolución también en nuestra tierra. Pero se necesita mayor preparación intelectual. En cuanto a los que propugnan la violencia como defensa, acuérdense de la historia (Rusia) para convencerse de la futilidad de la fuerza para detener un movimiento viril. Es claro, por otra parte, que el Bolchevismo ha destruido todo el derecho natural y las mismas masas han salido perdiendo con el terrible experimento. Pero Rusia era un gran país de enormes reservas y está volviendo a desandar el camino.

“Debemos admitir sobre todo que los Cristianos han sido traidores de la Cristiandad y de esa traición ha nacido el Comunismo.

“Los Papas han diagnosticado nuestros males sociales cuando estaban en germen... La Iglesia ha perdido contacto con las masas. Tenemos un programa social completo los católicos, basado en sana filosofía, pero debemos manifestarlo al pueblo en su propio idioma y sobre todo realizarlo en la práctica.

Si nuestra apologética contra el Comunismo quiere ser provechosa, debe poner menos énfasis en “combatir” al comunismo que en corregir las injusticias que lo producen. Un ataque negativo no convence. La crítica destructiva por si sola nunca dará fruto, pero una presentación vigorosa de la verdad prevalecerá siempre”.

El autor de este artículo Rev. Moody, es sacerdote de Nueva York, profesor de Historia Eclesiástica y Religión en el “New Rochelle College” y en el Colegio de la Catedral.

“BLACKFRIAS”, Septiembre de 1936.

Este número de la interesante Revista “Blackfrias” que publican los Dominicanos ingleses está dedicado al comentario de los acontecimientos españoles. De entre los artículos traducimos este trozo referente al origen del odio a Dios:

“¿De dónde viene este febril y loco odio a la Religión en el pueblo español? Creemos que la respuesta nos llenará de vergüenza y de temor como también de una justificada indignación. Aunque ya hemos dicho todo lo que se debe decir, como por ejemplo que la Iglesia española se ha preocupado relativamente poco de la cuestión social, que tiene amarras políticas, que es rica, que existen privilegios religiosos, queda todavía mucho que explicar.

“¿Hay detrás de todo, agitadores marxistas? ¿Podemos creer realmente que estos tendrían éxito si no hubiese ya antiguos resentimientos de hondas raíces? El mismo hecho de que una parte del clero que lleva una vida cómoda esté del lado del capital, ya sea voluntaria o involuntariamente, no explica todavía estos hechos. Debemos ver claramente las cosas, que hombres y mujeres que antes eran católicos, siquiera de nombre, hoy día están poseídos de un odio feroz, no sólo contra los sacerdotes, sino también contra la Iglesia, contra los símbolos y objetos religiosos y hasta contra Dios mismo.

“El odio de un Nerón, un Marx o un Lenín contra el catolicismo no es en ningún modo comparable con el de antiguos católicos, aunque se manifieste sólo literariamente o por la fuerza física. El hecho es conocido, pero ¿dónde está la causa? No le hacemos al catolicismo español ningún reproche especial, porque conocemos muy bien la actitud heroica de muchos católicos españoles frente a la revolución misma, si aceptamos que la respuesta está en el formalismo frío y en la religión aburguesada que aplasta el espíritu humano. ¿No sabemos que cuando la sal

pierde su sabor no sirve sino para ser pisoteada por los hombres?

“J. K. Huismans habla en un artículo sobre el origen del odio a Dios, del pseudo-catolicismo aburguesado, “la estrechez de espíritu, la absurda profesión de labios, el temor a las nuevas ideas. No se los deja conocer la vida. Así ahogan el sentimiento religioso por la rutina. Pierden la fuerza que emana de la Eucaristía por el mal uso que hacen de ella. No creen sino en la rutina; están llenos de escrúpulos; pensando defenderse se entierran vivos y no se atreven a hacer oposición por temor de pecar contra la caridad o de perder el resto de su fe”.

“En ningún caso ofendemos al buscar una explicación semejante no sólo para el odio a Dios de los apóstatas intelectuales sino también para el de los pueblos y campesinos españoles. La consecuencia para nosotros mismos no es difícil de sacar. Ojalá la sangre de los mártires españoles sirva de simiente para una nueva Iglesia española”.

“LA CIVILTA CATTOLICA”, Octubre y Noviembre de 1936.

Sobre “La función social de la Propiedad”, escribe aquí el R. P. Brucculeri, S. J.

El R. P. Brucculeri completa su estudio anterior sobre la Justicia Social, descendiendo con maestría a precisar el aspecto moral y jurídico de la función social de la propiedad. La revista romana anuncia un folleto con estos dos estudios de sumo interés y utilísima claridad.

Al considerar el aspecto moral de la función social de la propiedad, insiste en la enseñanza ordinaria constante de la Iglesia. Enseña Pío XI: “Del mismo carácter de la propiedad, que hemos dicho, individual y social al mismo tiempo, se deduce que los hombres en esta materia DEBEN tener en cuenta no sólo la propia utilidad, sino también el bien común”. Es un estricto deber de justicia. Enseña asimismo León XIII: “Todo el que ha recibido de la munificencia de Dios mayor copia de bienes, ya exteriores y corporales, ya espirituales, los ha recibido con este fin de servirse de ellos para su propia perfección y al mismo tiempo como administrador de la divina Providencia, para utilidad de los demás. “La razón es sencilla. El hombre no es dueño absoluto de nada. El único Dueño absoluto universal es Dios. “Los bienes temporales — dice Santo Tomás — que Dios concede a los hombres, son suyos en cuanto a la propiedad; pero en cuanto al USO deben pertenecer también a los demás, para que puedan utilizar lo superfluo”. Es un comunismo de uso, no de dominio. Y en esto Santo Tomás bautiza la doctrina filosófica de Aristóteles. Y esa comunidad de uso no admite excepciones. La medida de lo superfluo es la medida de la necesidad ajena. Tanto que en el caso de extrema o cuasi-extrema necesidad, asiste al desposeído el DERECHO ESTRICTO al uso del bien ajeno necesario para no perecer, aun cuando fuere necesario para una verdadera necesidad no gravísima del propietario, derecho al que no puede el dueño oponerse sin INJUSTICIA. Acentúa fuera de los deberes la obligación de caridad, per se grave, de la limosna. Al “debitum legale” de la justicia social agrega — no substituye Santo Tomás — el “debitum caritatis”.

“¿Qué sería la sociedad sin justicia — exclama San Agustín — sino un bandidaje?”. ¿Y no lo estamos ya contemplando?

La parte moral de la justicia y la caridad no inquieta de-

masiado a los egoístas. Pero el aspecto jurídico de la función social de la propiedad subleva a los cómodos individualistas sobrevivientes del siglo XIX. “Auri sacra fames” no conoce responsabilidades sociales, y crea “tales fauces que no se cierran — diría San Agustín — por la afluencia del oro, sino que se dilatan siempre más; no se sacian, se inflaman; rechazan el vaso, porque tienen sed del río”. Y mientras tanto, comenta el P. Brucculeri, la solución del problema de la propiedad es condición indispensable para la tranquilidad y el orden de toda colectividad humana”.

Por eso la doctrina completa de la Iglesia, “además de la obligación en conciencia, insiste en la INTERVENCION INDISPENSABLE DE LAS LEYES DEL ESTADO. La continuación de la cita de Pío XI que hicimos más arriba dice: “Ahora bien, la determinación de estos deberes en particular y según las circunstancias, y cuando no están ya indicados por la misma ley natural, ES DEBER DE LOS PODERES PUBLICOS. Por lo que la autoridad pública puede con mayor cuidado especificar, considerando siempre la verdadera necesidad del bien común y teniendo en cuenta siempre la ley natural y divina, que sea lícito a los propietarios y que no en el uso de sus propios bienes”. Y tales leyes justas obligan jurídica y moralmente, “per se sub gravi”.

El mismo Aristóteles en su “Política”, escribe la norma de la recta razón: “El derecho de propiedad debe ser regulado por buenas costumbres y sabias leyes”. “Cómo debe hacerse común el uso de las cosas propias, pertenece a la providencia de todo buen legislador”, agrega Santo Tomás. Más todavía, el mismo deber de caridad de dar limosna de lo superfluo puede convertirse en un deber de justicia social, por la gravísima urgencia del bien común y ser objeto de leyes del Estado. Y así escribe el Card. Cayetano glosando a Santo Tomás: sobre la avaricia 2-2, q. 118, a 42: “El poseedor de lo superfluo que no quiere participar a los necesitados, PUEDE SER OBLIGADO POR EL SOBERANO a socorrer a los indigentes. De tal modo que el soberano puede hacer observar los deberes de justicia a los que poseen lo superfluo absoluto, puede y debe por su oficio asumir el encargo de la DISTRIBUCION de la riqueza, quitando este encargo al rico que no lo quiere cumplir: injuria que el príncipe, que es custodio de lo justo, puede y debe, si consta evidentemente, deshacer por oficio”. ¿Y no podrá intervenir, como expresamente enseña Pío XI, en la fijación de un justo salario mínimo, que es obligación de estricta justicia conmutativa?

“Siendo el derecho de propiedad privada (Rerum novarum) derivado no de ley humana sino de la ley natural, el Estado no puede aniquilarlo, sino solamente MODERAR EL USO y armonizarlo con el bien común”. Y Pío XI: “La autoridad pública, como es evidente, no puede usar arbitrariamente de su DERECHO (de intervención)”... La doctrina es constante: Clemente IV (siglo XIII); Sixto IV; Julio II; Clemente VII; Benedicto XIV; Pío VI. Pío VII, etc. (“Papi e contadini” Gabriel Ardant).

Brucculeri resume la verdadera doctrina de la “economía rígida” a los puntos siguientes: 1.—Expropiación y requisación, en las condiciones legítimas. 2.—Nacionalización de algunos bienes, cuando los particulares no pueden responder por sí solos a las necesidades del bien común. 3.—División de latifundios, con la debida compensación. 4.—Determinación de la cantidad máxima de territorio nacional que puede ser objeto de apropiación par-

particular. 5.—Control estatal de empresas privadas de servicio público y cuando lo exija el bien común. 6.—Imposición en casos de guerra, crisis, carestía, etc. de medios especiales para evitar acaparamientos. 7.—La accesión del proletariado a la propiedad. 8.—Prescripción legal de precio de algunas mercaderías, tutela del patrimonio artístico; reglamentación sobre moneda, herencia, comercio, minería, etc.

En resumen: derecho de propiedad privada; pero con obligación de uso social. Entre la idolatría del individuo y la de la comunidad, el justo medio; entre la voracidad de los pocos y el hambre de las masas, la serena justicia y la nivelación sobreabundante de la caridad.

“LA DOCUMENTATION CATHOLIQUE”, (25 Julio, 1936) Semana Social de Versailles: “Los conflictos de civilizaciones”. Relación inaugural de M. Eugenio Duthoit.

Establece el concepto de civilización y el hecho de las civilizaciones, y el contacto y choque de las civilizaciones, contacto que como nada suaviza la difusión misional del Evangelio de Cristo.

El drama comprende conflictos en el espacio y en el tiempo y pone en juego elementos económicos e ideológicos y se pregunta si, a pesar de los conflictos, no caminamos hacia una unidad de civilización? Toda civilización arranca de una cultura; toda cultura se funda en una metafísica. Hasta los negadores de las metafísicas se fundan en la metafísica de la negación.

Desmalezando la civilización actual, insegura y caótica, se descubren dos metafísicas antagónicas que aspiran a unificar la civilización universal: la metafísica espiritualista del Cristianismo y el materialismo absoluto del Soviet. Rusia es tierra de ensayos y las experiencias se propagan por el mundo. Y mientras Rusia aterrada comienza a volver sobre sus pasos, otros países calcan con sangre su fracasada experiencia. La prueba de que la metafísica bolchevique (bolchevismo significa “asalto”) es antihumana e irracional, es que necesita de la fuerza y el exterminio para plantar sus tiendas.

El Cristianismo, en cambio, esencialmente misionero, que ha impregnado ya todas las civilizaciones; que ha HUMANIZADO divinamente al hombre y a las colectividades y defiende al hombre contra toda forma de deshumanización, como el eugenismo, la eutanasia, el feminismo, el divorcio; el Cristianismo que da lo suyo a César y exige para Dios lo de Dios; tiene estos títulos innegables para ser la metafísica llamada a unificar las civilizaciones.

¿Cómo? Trajo una Redención universal, contra el dogma de la muerte de las razas; puede unificar las civilizaciones, porque no mata ninguna civilización ni se identifica con ninguna; y por su carácter y sus exigencias trae la unidad en la paz, en la justicia verdadera y en la sincera caridad. “A este servicio de las civilizaciones que peligran, todos los cristianos están invitados; pues ninguno tiene derecho a separar de su vida la religión. La Iglesia los llama, porque de la paz entre las civilizaciones terrestres depende la salvación de muchas almas. Omnis propter electos. Todo por los elegidos. Pacificar la tierra es poblar el cielo”.

LIBROS

"NEWMAN, EL GRAN CONVERTIDO", por Pedro Lira Urquieta,
Imprenta Walter Gnadl, Santiago de Chile, 1936, 44 Págs.

La figura genial de Newman, el eminente anglicano que guiado por el amor a la verdad supo encontrar en la Iglesia Católica la satisfacción de todos sus anhelos espirituales, dió base a Don Pedro Lira Urquieta para tejer una delicada evocación que leída primero en el Centro de Estudios Religiosos aparece ahora publicada en un atrayente opúsculo.

Al través de sus breves páginas se sigue con singular interés la evolución de Newman, fervoroso anglicano que desde el púlpito y la cátedra de Oxford intenta un movimiento renovador de la Iglesia nacional, que no es comprendido ni aceptado por su jerarquía, y que le lleva a desembocar en último término en el catolicismo.

Carácter vigoroso, intelectual de nota que figura en primera fila en la historia literaria de su patria, pudo Newman merecer de Gladstone el elogio de considerar su conversión como la más grande victoria de la Iglesia romana desde la Reforma.

ACABA DE APARECER EL PRIMER VOLUMEN DE LA
Colección Vita Nuova:

"Defensa de la Hispanidad"

por RAMIRO DE MAETZU

La obra que explica el sentido de la revolución
española

**Reserve hoy mismo su ejemplar en la
Librería Cultura Católica**

Medias

Calcetines

Corbatas

Pañuelos

A PRECIOS CONVENIENTES, EN

LA REINA DE LAS MEDIAS

AHUMADA 360 — SANTIAGO

Casilla 2081 - Teléf. 88573

PIDA UD. LISTA DE PRECIOS.

SE MANDA CONTRA REEMBOLSO

**ALGUNOS DE LOS LIBROS RECIBIDOS
ULTIMAMENTE**

MORALE SOCIALE GENERALE, par R. Lortal P. S. S.	„ 19.70
POUR UN ORDRE CATHOLIQUE, par Etienne Gilson	„ 21.60
LA FIN D'UN MONDE ET LE MONDE NOUVEAU, par Louis de Launay	„ 40.00
THEONAS, o las conversaciones de un sabio y dos filósofos, por Jacques Maritain.	„ 23.40
EL MUNDO SIN PAZ, por Luis María Acuña . .	„ 12.00
LA REFORMA GUBERNATIVA, por León Blum	„ 10.00
INSTRUCCION SECUNDARIA Y SUPERIOR, por Julio Zegers. Prólogo de Agustín Zegers B.	„ 4.00
JOHN FISHER AND THOMAS MORE: Two En- glish Saints, por Richard Lawrence Smith .	„ 47.40
PEDRO JORGE FRASSATI, por Antonio Cojazzi	„ 23.40
RIEUFOLEIL DES ESPRITS, par Regis Jolivet	„ 16.70
JESUCRISTO Y EL MATRIMONIO, del P. La- buru	„ 1.80
DERECHOS DEL NIÑO ANTES DE NACER, por el Dr. G. Clement	„ 11.50
LE MARIAGE, par Jean Viollet	„ 22.50

Suscríbese a nuestro "Boletín Bibliográfico". Haga siempre sus pedidos a:

LIBRERIA Y EDITORIAL "SPLENDOR"

Delicias, 1626 — SANTIAGO — Tel. 89145 — Cas. 3746

Talleres "Claret"
Avenida 10 de Julio 1140
SANTIAGO.

Precio \$ 2

